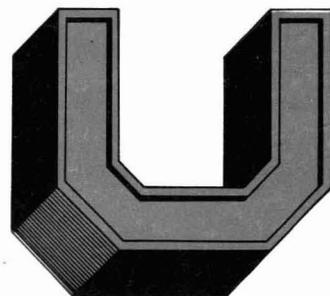
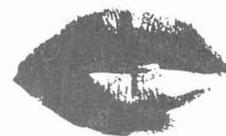


# Revista de la Universidad de México



**Jaime  
Sabines  
Doña Luz  
Carlos  
Monsiváis  
Marilyn**



**Juan  
Manuel  
Torres  
Roberto  
Páramo  
Alejandro  
Aura  
Rodolfo  
Hinostroza  
➔ Víctor**

# Sumario

Volumen XXIII, número 8 / abril de 1969

- 
- 1 Marilyn como pretexto para hablar (entre otras cosas) de Marilyn,  
por Carlos Monsiváis
- 8 ¿Cuánto miden las murallas de Troya?, por Roberto Páramo
- 

1 Doña Luz, por Jaime Sabines

---

- 17 Didascalias, por Juan Manuel Torres
- 27 Imitación de Propercio, por Rodolfo Hinostroza
- 30 Se quedó sola, por Alejandro Aura
- 33 Poema, Dionicio Morales
- 34 Carta de Emiliano Zapata

Portada: Víctor

Suplemento *Hojas de Crítica*, número 8

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector: Ingeniero Javier Barros Sierra / Secretario general: Licenciado Fernando Solana

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MÉXICO / Órgano de la Dirección General de Difusión Cultural

Director: Gastón García Cantú / Jefe de Redacción: Alberto Dallal / Director artístico: Vicente Rojo

---

Torre de la Rectoría, 10º piso,  
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.  
Teléfono: 48-65-00, ext. 123 y 124

Franquicia Postal por acuerdo presidencial  
del 10 de octubre de 1945, publicado  
en el D. Of. del 28 de octubre del mismo año.

Precio del ejemplar: \$ 6.00  
Suscripción anual: \$ 65.00 Extranjero: Dls. 8.00

Administración: Ofelia Saldaña

Patrocinadores:

Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.  
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.  
Financiera Nacional Azucarera, S. A.  
Ingenieros Civiles Asociados, S. A. [ICA]  
Nacional Financiera, S. A.  
Banco de México, S. A.

# Carlos Monsiváis

# Marilyn



como pretexto para hablar  
(entre otras cosas) de Marilyn



## Panorámica

*Imágenes borrosas en profusión*

Por un momento, el silencio prendió entre los campesinos. Allí estaban los signos del arrepentimiento: los hachones en descenso, la actitud convulsa del recién verdugo, los gestos de la ira desvaneciéndose en un rostro extrañado. Había concluido el linchamiento. Las ruinas del que fuera infernal castillo del barón Frankenstein se tornaban humo, sombra, cenizas. Allí yacía el monstruo, la eterna metáfora de las con-

secuencias nefastas de la creación, el ser extraño perdido entre las vigas, entre los escombros; el monstruo suspendido entre cielo y abismo. Y el barón Frankenstein asumió los rasgos tormentosos de un Hollywood o un Peter Cushing y el monstruo modificó su heterodoxia facial y resultó de pronto amable y melancólico, dispuesto a musitar I wanna be loved by you. En ese mismo instante comenzó la leyenda de amor.



## Corte

*Simbolismo fallido y cursi. Se repite la escena. Toma II: Secuencia inicial.*

Sobre la unidad cardenalicia del calendario, Marilyn emerge. Está predestinada, ha resultado la elegida. Juana de Arco a quien le niegan el crédito para la filmación de su tragedia, Madame Roland incapaz de darle proyección a sus últimas palabras por carecer de micrófono en la guillotina, Rosa Luxemburgo que muere entre extras disfrazados de espartaquistas. La mujer como mito. El mito como víctima. La víctima como emblema sexual.

## Corte

*Se repite. Obviedad excesiva: Menos exégesis. Acción. Toma III:*

Sobre el escenario de la comedia musical, Marilyn se desplaza. La escenografía aspira a las virtudes de la tropicalidad. Al trópico lo definen palmeras bosquejadas y trajes de bongocero batistiano. Heat Wave, onda cálida. Marilyn baila y a través de la suma de sus movimientos se va integrando la leyenda sicalíptica, nutrida en las demandas específicas del Génesis (caos y vacío) y del Apocalipsis (orden y memoria). Toda leyenda sexual repite los procesos de la humanidad, desde los primeros siete días hasta los últimos jinetes en Patmos.

## Corte

*Toda retórica tiene un límite. Toma IV:*

¡Oh, Marilyn, eres grandiosa! Pero todavía no. Es 1952, nos estamos precipitando. Es *They Clash by Night*. La dirige Fritz Lang y los créditos principales son para Barbara Stanwyck, Paul Douglas y Robert Ryan. Marilyn entonces es simplemente atractiva. En materia de adjetivos, también hay clases. Los superlativos pueden ascender, agitarse, encrespase, afinarse, depurarse, volverse socialmente respetables. Con un gesto gracioso dirigido a Charles Laughton, Marilyn se apodera de lo *interesante*. Con un ademán bobo que Cary Grant fingirá no entender, Marilyn alcanza lo muy *sorprendente*; con Jane Russell como compañera en *Los caballeros las prefieren rubias*, Marilyn se adueña de lo *descomunal*. Del calendario a la fama: los adjetivos irán perfeccionándose, adecentándose: fenomenal, bárbara, estupenda, espléndida, admirable, matizada, exacta. Se consuma el salto dialéctico o como se llame al décimo aniversario de un strip-tease.

## Fade in

*Imágenes moralistas enardecidas y necrófilas.*

Marilyn como víctima. Hollywood o el Sistema como verdugo. Ella es la cabal personificación de una ingratitud continua: el admirador observa al ídolo, lo acecha, lo va cercando, acorralando; se va adueñando paulatinamente de su existencia, lo va consumiendo, triturando, devorando. ¿Qué



diría Fraser? ¿En qué capítulo de *La Rama Dorada* se incluye la antropofagia de la fama? El suicidio es una elección filosófica. Un acto de entendimiento del mundo a partir de su negación. No me digas. El suicidio puede ser también una forma de asesinato. El lugar común puede ser una variante del suicidio.

## Zoom

*Portada para Life*

Allí está la criatura, con los dedos tensos, la mirada desvanecida, el teléfono como testigo. Uno visualiza la escenografía mortuoria que conviene. El sistema es aplastante: también Hemingway empuñó el gatillo; también Hart Crane se arrojó al golfo de México; también Billie Holiday se desvaneció en una atmósfera de drogas y alcohol; también Lupe Vélez dispuso su propia ofrenda floral y absorbió las pastillas. Lo único peor que ser un ídolo es dejar de serlo. La dimensión del aforismo se vierte en nociones periodísticas: Marilyn declarada elemento peligroso para los estudios, no confiable, un riesgo excesivo, llega siempre tarde, convulsiva, neurótica. La filmación de *Something's got to give* se suspende. Marilyn es una inversión difícil o imposible. Se halla sola en Los Ángeles. Se escucha una llamada final.

## Fade out

*Habla Marilyn:*

“La fama tiene un peso especial que será mejor que explique. No me importa la obligación de ser encantadora y sensual. Pero lo que va con eso es fatigoso, como lo sucedido con aquel hombre quien deseó mostrarme su casa y su mujer me dijo ‘Lárguese’. Pienso que la belleza y la feminidad no tienen edad y no pueden fabricarse, y que el encanto —aun-

que eso a los fabricantes no les guste— tampoco se fabrica. No el encanto real, pues está basado en la feminidad. Pienso que la sensualidad es atractiva sólo cuando es natural y espontánea. Allí es donde muchos se equivocan. Y además hay algo que debo declarar. Todos nacemos con atractivo físico, gracias a Dios, pero es una lástima que mucha gente desprecie y arruine ese don natural. El arte, el arte verdadero, viene de allí... todo."

## Corte

*Visión muy tradicional de Hollywood. Confrontar Historia del Cine de Sadoul. Un escenario a lo Griffith: la Babilonia de Intolerancia.*

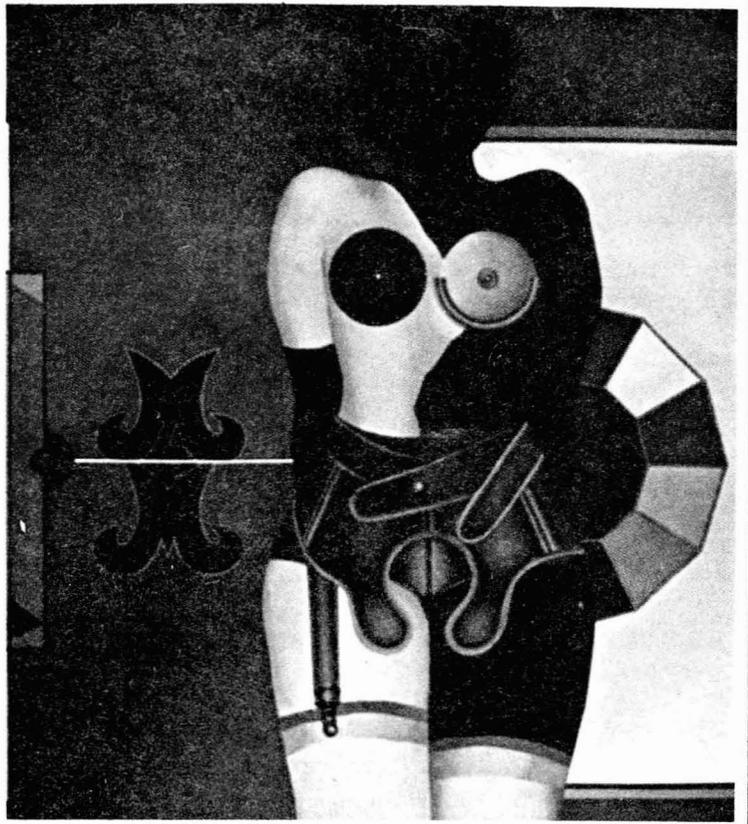
Allí está el culpable: Hollywood. Écrasez l'infame. La fábrica de sueños, el sitio donde el conformismo se enlata y distribuye. Se abren las compuertas y pasan atisbando, espiando, localizando de reojo los escenarios y las figuras los empleados de banco, las modistillas, los profesionistas que anhelan descansar, los obreros, los seres que aguardan de las butacas el descanso (ese eterno reposo de hora y media), quienes descubren en la oscuridad todas las posibilidades ontológicas. Hoy desearía llegar Errol Flynn y levantarme Charlton Heston. Hollywood es el Gran Vicario: vive por nosotros, sufre por nosotros, padece por nosotros a causa de nuestra incapacidad de ser millonarios, muere con nosotros víctima de la crueldad nazi, la puntería pelirroja, el accidente del melodrama. ¡Ah, Hollywood! Regocíjate por nuestra insignificancia, dedícate a la orgía por nuestra castidad, convierte a los nativos en África por nuestra falta de training para ser Tarzán.

Hollywood es el Horror, la Bacanal, la Impureza, el Asesinato del Arte: también, y se agregan peyorativos sin mayor preocupación, la promiscuidad, el gigantismo, el desprecio total para los últimos creyentes en la virtud, la francachela, la bacanal, el último desprendimiento de la ropa íntima, la transformación de la ropa íntima en atavío público.

## Fade out

*Largo viaje de aquí a la metáfora.*

Visualicen: un vasto y febril panning. La cámara inicia, apoyada por el sudor de nuestra moral ofendida y curiosa, el ávido paseo a través de lechos suntuosos, ampliamente decorados, a quienes contempla un cielorraso poblado de espejos; lecho donde la Dubarry conoce el amanecer a partir de las seis de la tarde, donde Blanche Dubois anhela la llegada embellecedora de las tinieblas, donde Candy recupera la inocencia que después perderá en las interpretaciones críticas. Una película tan violenta que deben quitarle las sábanas para contemplarla. Lechos intensos o tímidos o presuntuosos o defendidos por colchas azules donde se lee "Hogar, dulce hogar" o abrumados por pieles de tigre y lujurias declaradamente orientales. Hollywood es un lecho. La pradera donde John Wayne cabalga buscando vietnamitas es un pretexto. El duelo mortal de tap entre Fred Astaire y Gene Kelly es un pretexto. La pesadilla de la cual despertará James Cagney al conjuro de la silla eléctrica es un pretexto. La cultura occidental es un lecho: lechos piadosos donde Greer Garson agoniza con el maquillaje que han amado varias generaciones, lechos románticos donde Merle Oberon sorprende la postrer mirada de Heatcliff. Camastros donde la madre proletaria relee la carta



de su hijo muerto en el frente o dilatados lechos infinitos donde los millonarios de Frank Capra meditan la distribución de sus riquezas. Y en medio de tales sucesiones de clichés, la idea omnímoda: la lujuria es nuestra razón de estar, la legión de Onán se aferra a la pantalla y en pueblos y ciudades pequeñas la pantalla a su vez se va trasmutando con moroso deleite en otro lecho.

## Corte

*Literatura mala y en demasía. Más declaraciones de Marilyn:*

"Nunca entendí realmente eso del símbolo sexual. A mí me sonaba igual que címbalo. Y eso es lo malo, el símbolo sexual se convierte en una cosa. Yo odio ser una cosa. ¡Pero si tengo que ser símbolo o algo, prefiero serlo del sexo y no de otras cosas que también tienen símbolos! Esas chicas que tratan de ser como yo... supongo que en el estudio las obligan a eso o que a ellas mismas se les ocurre. Pero les falta algo, se pueden hacer bromas sobre esto, como decir que les falta el frente o la retaguardia pero yo me refiero al medio en que uno vive."

## Fade out

*Hollywood. Un escenario de Cecil B. de Mille para Los diez mandamientos.*

Hollywood, amigo De Triana, es una industria. Como tal, su influencia ideológica primordial es la taquilla. Sí, Rodrigo sí. Y la taquilla crece o disminuye, es tan humana como impredecible. Crece a veinte minutos por segundo, enjuicia, investiga, pone precio. Disminuye en el cambio de Lilian Gish por Greta Garbo, en el recuerdo que sólo justifica a Ann Rutherford o Virginia Mayo en función de la calistenia de la



memoria. Hollywood es una boa constrictora, el infierno, Sodoma, Última Thule, la versión sin disfraces de la avaricia capitalista, el imperio que acompaña al imperialismo en sus campañas de dominio. Hollywood es el trazo vital que en función de la conducta total de las generaciones han dispuesto los grandes estudios.

## Fade in

Serie: "Las grandes víctimas." Capítulo Uno: "El escándalo como conducta."

Fatty Arbuckle es un cómico del cine mudo. En Babilonia hubiese sido visir. En México quizás gobernador. En Hollywood filma y da fiestas. Acuden starlets, flappers, filósofos. En un wild party muere una joven, aspirante al estrellato. El escándalo se avecina, se deja oír como premonición y termina estallando. El escándalo consiste en que todos lean lo que todos ya sabían. Nunca hubiera creído eso de Fulano que se veía tan degenerado. El sonido del escándalo es claro y variado, contrapuntístico; cuando cesa, los cimientos de aquel que lo provoca se han confundido con la tierra. El escándalo es una formación de rumores que se atreven a cambiar la cualidad de su sonido. El sonido del rumor es incierto. En los veintes, el escándalo escandaliza. No es tautología. Llegará el tiempo en que el escándalo complazca. El affaire de Johnny Stompanato que fue asesinado por Cheryl Crane engendrada por Lana Turner sólo acrecerá la gloria de Peyton Place. Peyton Place es el instante en que el escándalo cambia de sonido: de allí en adelante halagará, confortará, curará. (La fórmula no siempre se aplica a países como México, donde el sonido del escándalo arrecia porque la monotonía del subdesarrollo suele ser levemente sorda.) A Fatty Arbuckle el sonido del escándalo lo sorprende en medio del éxito y lo abandona condenado, con el nombre cambiado, sin trabajo, en pleno olvido. De la acústica del escándalo se encargará ahora una oficina de Hollywood para la prevención moral: el Código Hays.

## Medium-shot

Exégesis mínima. Interpolación.

El olvido es la cesación de la línea ágata. Se traduce: el olvido es encontrarte un periodista y que únicamente te salude. El olvido es ser reconocido como, cómo se llamaba. El olvido es un polvo implacable, una erosión magnífica, un vulneramiento de la especie. El olvido es que nadie nos moleste. Si nadie nos molesta todos nos ofenden.

Serie: "Las Grandes Víctimas del Sistema." Capítulo Segundo: "El mimo inmortal."

Charles Chaplin, diría Borges, es uno de los grandes desconocidos del siglo xx. Como Joyce, Picasso, Le Corbusier,



Stravinsky. Tal vez para un devoto del espíritu cómico, la debilidad de Chaplin radique en su complacencia ante el sentimentalismo, las concesiones que sin modificar su genio amoran las películas donde se depositan (¿Será cierto que todos los grandes cómicos carecen de sentido del humor?) Pero eso es problema aparte. Aquí se trata de recordar su pleito con el Sistema, su salida de Hollywood, la indiferencia o el maltrato que lo persiguen durante unos años. Una víctima demasado notoria como para serlo. Las profecías de Tiempos modernos se cumplen.

## Montaje precipitado

Serie: "Las Grandes Víctimas del Sistema." Capítulo Tercero: "El enfant terrible."

Xanadú es una metáfora del éxito. Y el éxito es siempre, en el respectivo nivel en que acontezca, una solicitud de imperio. Orson Welles ha convocado a los marcianos, ha forjado un grupo y ha dirigido una película perfecta. Lo perfecto en este caso no es lo minuciosamente acabado sino la captación de una esencia. Charles Foster Kane es un mural de la ambición cumplida, del Haber Llegado. A Welles lo perseguirá no sólo el amor propio lastimado de Hearst. También y fundamentalmente la conciencia de su precoz genialidad. Kane no sólo perturba a quienes lo juzgan espejo que devuelve las imágenes de la corrupción y el poder. Kane perturba a quienes no lo hicieron. La obra maestra no sólo critica a quienes retrata; critica de modo básico a quienes son incapaces de crearla. El reproche de Welles es la depreciación de quienes lo rodean. El Paraíso detesta los emergentes. A Welles se le priva del control de los repartos, del derecho al montaje final, de la posibilidad de seguir reprochando a los demás con su genio más todas las ventajas de una superproducción.

## Corte

Se eliminan todos los sketches biográficos. Se repite la secuencia.

Marilyn es una Gran Víctima del Sistema. Como es evidente, la figura de la víctima se va desarrollando a medida que se desarrolla el concepto de culpa. La culpa colectiva es por lo general y en estos casos, la ilusión de sentimientos —asi sea parcialmente—, verdugos. Marilyn es la ofrenda propiciatoria, el emblema de la deshumanización del Sistema. Todos —y el poema de Norman Rosten divulgado por Pete Seeger resume un procedimiento típico— hemos sido cómplices en su devoramiento. Aquí, el fetichismo no es sólo y como de costumbre una de las invocaciones contra la amnesia, un ejercicio mnemotécnico. Es una participación ritual y viva Marilyn para repartirnos entre todos sus despojos. La trampa al cerrarse, se va aclarando. Hay algo demasiado evidente, excesivamente fácil en esa atribución comunitaria de la responsabilidad. En primer lugar, hay la asunción expresa de una responsabilidad: todos *matamos* a Marilyn, ella es una víctima. A continuación, hay la repartición gozosa de la res-

pors  
tamb  
cos y  
al se  
que

ZOO  
Habla

"L  
poral,  
fama  
llena.  
el cav  
año.

Cor  
tural.  
en for  
mayor  
decir  
Y sin  
dos de  
tonces.

Pano  
Se pres

Se p



responsabilidad: la culpa es de los productores y del Sistema y también de la prensa y de sus representantes y de los fanáticos y de los amantes y de los turistas y de la página. La culpa, al ser de todos, es de nadie; la culpa es un concepto abstracto que al difundirse y multiplicarse se diluye hasta la extinción.

### Zoom

*Habla Marilyn:*

"La fama para mí es por cierto una felicidad parcial y temporal, lo es aun para un pobre diablo. Y yo fui criada así. La fama no es en realidad para todos los días. No es lo que llena. Alegra un poco, pero con una alegría pasajera. Es como el caviar: es bueno, pero no para comer todos los días del año.

Como nunca había sido feliz, nunca lo tomé como cosa natural. Pensé que eso vendría con el matrimonio. Yo fui criada en forma distinta a la generalidad de los niños, porque a la mayoría se les enseña a esperar la felicidad, o ser feliz, es decir a tener éxito, a estar contento, todo a su debido tiempo. Y sin embargo, debido a la fama pude conocer y casarme con dos de los hombres mejores que había encontrado hasta entonces."

### Panorámica

*Se presenta el primer distingio.*

Se precisa una distinción. Entre Marilyn como mito cinema-



tográfico y Marilyn como filmografía. (Otras distinciones a establecer en Marilyn: vida y biografía, tiempo y cronología.) La filmografía de Marilyn se inicia en *Dangerous Years* de Arthur Person en 1947 y concluye en *The Misfits* (*Los inadaptados*) de John Huston en 1961. Al principio, ella acompaña desde lejos a actores de celebridad dudosa en el estilo de William Halsop y Ann Todd. En el final, la rodean Clark Gable y Montgomery Clift. La han dirigido —entre otros— Tay Garnett, Joe Mankiewicz, Lang, Howard Hawks, Henry Hathaway, Otto Preminger, Billy Wilder, Joshua Logan, Laurence Olivier, George Cukor. Una película de la Twentieth Century-Fox da cuenta, dramática y precariamente, de ese doble desenvolvimiento filmográfico: el desarrollo de su persona por un cuerpo de especialistas y su propio desarrollo como intérprete. Rock Hudson, ¡oh manes de Buster Keaton!, es el narrador y virgilio. El primer fragmento nos la muestra participando en un pequeño bit en *A Ticket to Tomahawk* (1949), donde, valga el eufemismo, su posterior significación todavía no es aparente. No hay escenas de la primera película donde ella importó (*The Asphalt Jungle*, de Huston) porque la realizó otra compañía. Hay una secuencia espléndida de *La comeción del séptimo año*; pero no aparece escena alguna de *Una Eva y dos Adanes* (*Some Like it Hot*), también de Wilder, porque fue producida por otra compañía. Y así sucesivamente. Otra victoria póstuma de Hollywood: minimizarla a base de ofrecerla fragmentada.

### Corte

*Se repite. Nuevo intento de distinción. Toma II. (Sin megáfono.)*

De izquierda a derecha, una serie de preguntas: ¿Hasta qué punto la muerte de Marilyn nos informa de algo nuevo en relación a Hollywood y el american way of etcétera? ¿Hasta qué punto la leyenda de Marilyn no surge de sus características sino de nuestras atribuciones? ¿Hasta qué punto la visión ofrecida de Hollywood no es sino otra representación pueril y maniquea del infierno, símbolo cómodo de una geopolítica del mal imperialista? ¿En qué medida constituye la alegoría de las Grandes Víctimas una falsa sustitución del análisis crítico de los grandes creadores? ¿No serán los mitos condiciones específicas de la teatralización de la experiencia?

### Corte

*Se repite. Cambio de táctica: ofrecer respuestas. Toma III: Catálogo de nuestras atribuciones. Lo que Marilyn es, ha sido o ha venido siendo en el terreno de las interpretaciones.*

Marilyn, la Inocencia de Norteamérica, la primitiva ingenuidad de una nación que al perderla se pierde, que al abandonar su estado de naturaleza se deshace.

Marilyn, la Huérfana Total, el animal freudiano que atra-

viesa la existencia en una búsqueda dramática, queriendo resarcirse del afecto perdido, deseando encontrar un origen de felicidad, anhelando asirse de imágenes paternas. Norma Jean Baker solicita reconocimiento.

Marilyn, el Objeto Sexual que se niega a seguir siéndolo, el cuerpo por donde se expresa una vitalidad erótica harta de ser manipulada.

Marilyn, el Ídolo sin Vida Íntima que va entregando los reductos de su yo entre flashes, alaridos de multitud anhelosa, exigencias y apetencias de los productores, el Yankee Clipper en el Hall de la Fama, Arthur Miller que se dispone a escribir *After the Fall*, la llamada final a un irreal Bobby Kennedy.

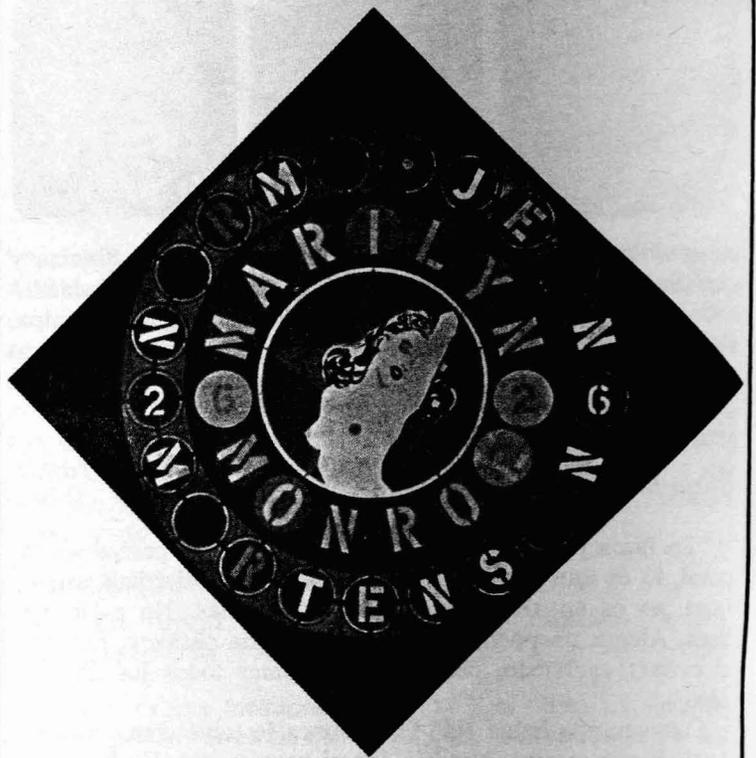
Marilyn, la Ternura Acosada: "Ahora vivo para mi trabajo y para algunas amistades con las cuales puedo contar realmente. La fama pasará; y adiós, te he conocido fama. Siempre supe que era voluble. Al menos la conocí, pero no le di importancia."

Marilyn, la Peregrinación de la Felicidad: "Todo es tan maravilloso... la gente es tan buena. Pero tengo la sensación de que esto le ocurre a otra persona, no a mí. Está cerca, la siento, la oigo, pero esa no soy yo."

## Fade out

*La verificación de la tragedia.*

"El terror —James Joyce lo recuerda— es el sentimiento que arrebató la mente en presencia de lo grave y lo constante en el sufrimiento humano." El terror, en esta acepción metafísica, lo padecemos cuando recordamos el progreso de un guerrillero en las soledades bolivianas o la impotencia de un Trotsky frente a su lucidez histórica. El terror, si nos atenemos a Hollywood, se produce frente al destino de Buster Keaton, quien debe en su abandono cruzar el límite y filmar *El moderno Barba Azul* dirigido por Jaime Salvador. El terror surge ante el desamparo de Laurel y Hardy o de Harry Langdon. Sin embargo, ante Marilyn el terror no se suscita, como tampoco y por fortuna pueden emerger la piedad o la conmiseración. "Percibimos en el hombre en su momento de mayor excelencia la cercanía de la destrucción." Y uno con todo, no percibe en Marilyn esa inminencia de la catástrofe. La susceptibilidad puede determinar esa carencia intuitiva: uno se halla demasiado prevenido contra las mitologías fabricadas de un año a otro, de una década a otra, de la Warner Brothers a la Metro Goldwyn Mayer, de un estilo facial a un intento de nueva silueta, de Francesca Bertini a Audrey Hepburn. Uno recela del poder de la industria y de la facilidad con que se decreta el estado mítico de quien en unos años ni siquiera es ciclo favorito de los cine-clubes. Por otra parte, uno sabe que los mitos de la razón, prevaletentes desde Descartes y Newton tienden a disolverse y que las mitologías del tiempo elaboradas por Tolstoi y Proust se han incorporado ya al Establishment. Y uno ya se ha enterado de que los grandes mitos se elaboran con la lentitud de un lenguaje, porque a su vez son lenguaje. "Más de mil años de realidad —recuerda George Steiner— yacen detrás de las fábulas de Homero y Esquilo. La imagen cristiana del peregrinar del alma era ya muy antigua cuando la utilizaron Dante y Milton." Y nevertheless uno no puede negar la vitalidad de una mitología creada en un tiempo específico, por requerimientos industriales, por un grupo particular de hombres, que la imponen en las vidas de millones.



## Corte

*Se repite la escena. Perspectiva similar, emplazamiento ligeramente distinto.*

Mitología de plástico. O falsas mitologías. O la sentencia de André Gide: "Una cultura mítica es una cultura de segundo orden." Y de pronto, uno entiende la posible tarea; sin negar el mito (porque tal vez las cristalizaciones contemporáneas sean intensas, perfectas y eternas en su brevedad y los cinco años de vida del mito de James Dean equivalen o mejor, se equiparan a los innumerables del mito de Edipo), sin negar el mito hay que rescatar del territorio de la mitología a las figuras que nos importan en un orden existencial. Rescatar de su zona sagrada a un mito quiere decir despojarlo de sus interpretaciones, desnudarlo de sus connotaciones no específicas, negarlo en tanto que concentración de toda la humanidad en una sola persona. Y al efectuar la casi reducción fenomenológica, uno se encuentra a Humphrey Bogart sin la proyección del héroe negro, sin la representación del cínico moral, sin la dimensión del caballero errante. Y el consuelo es contemplar *Casablanca*, *El Halcón Maltés* o *El tesoro de la Sierra Madre* sin la angustia de la exégesis instantánea.

## Corte

*Una vez más, la última, para ver si se encuentra una más eficaz descripción verbal. Se conservan los emplazamientos.*

Quítensele a Marilyn Monroe todas nuestras atribuciones, hágase caso omiso de la declaración de Lee Strasberg, su maestro del Actor's Studio, que veía en ella una gran actriz; bórrese su matrimonio con Arthur Miller; descúntese su lucha por ya no ser un objeto sexual y metamorfosearse en una persona; elimínese el posible chantaje sentimental que asocia sus instantes melancólicos o alegres con las visiones —a posteriori— de su desolación y muerte; exclúyanse las interpretaciones y las exégesis. ¿Queda algo?

## Se toma

*Secuencia variada y vertiginosa a continuación.*



Queda la actriz, sus películas, esas fotos donde invitaba o reía o entreabría los labios o guiñaba el ojo. Queda la joven aspirante que conversa con George Sanders en *All about Eve* (*La malvada*) de Mankiewicz, ese tratado fundamental del arribismo; queda Marilyn, la Lorelei Lee de *Los caballeros las prefieren rubias* que seduce a Charles Coburn mientras canta con Jane Russell "Bye bye Baby" o "Diamonds are a girl's best friend"; queda Marilyn la starlet de *Some Like it Hot* que define la Prohibición y asume la década del veinte como el resultado de su inocencia más el travestismo de Jack Lemmon y Tony Curtis, más la falsa perversidad de Joe Brown, quien descubre en un instante supremo que nadie es perfecto. Queda Marilyn Monroe, la presencia cinematográfica, un tanto relegada y preterida y obliterada por las exégesis. Y el término de la epojé no puede ser más conveniente. Se pierde de vista la Eva Eterna, Circe, la Mujer de Norteamérica, la otra Doctrina Monroe, Melpómene, Medea, Ayesha. Se inicia la proyección de, digamos, *Let's Make Love*. Y no hay que apenarse por una necrofilia que en su momento, no lo era. Si se ha deseado a Marilyn fue antes de saber que moriría de un modo angustioso, que devendría en mito, que sería la consentida de los intelectuales. Si se ha gustado de Marilyn fue antes de conocer que, a semejanza de la Hedda Gabler de Ibsen, habría de matarse cuando la máscara ya no la protegiera de la luz.

## Fade out

*Confabulación de teorías que explica la falta de lucidez de las tesis.*

¿Por qué el símbolo de Eros se ha ido convirtiéndose en un emblema de Tanatos? ¿Por qué Marilyn Monroe, cifra de sensualidad y gozo y exuberancia, se ha ido fundiendo en otra imagen, acusación contra el Sistema, denuncia de Hollywood, reproche a la Máquina? ¿Cuál ha sido el proceso que lleva de una imagen de vida a una delación encarnada? Sucede que el precio que se le exige a los mitos es la renuncia a la verdadera posibilidad de acceder a la tragedia. Un mito cinematográfico carece, en términos generales, del don de la catarsis. Su visión extrema no nos purifica. Carece de la capacidad de aprender algo de su agonía. ¿Dónde está oh muerte tu agujón, y dónde oh sepulcro, tu victoria? El encuentro entre la moralidad de la protesta y la moralidad del orden se resuelve en favor de esta última: un mito de la textura de Marilyn exige el retorno de las cosas a su lugar. Además siendo de origen vicario, el mito cinematográfico suele disfrutar de cristianas raíces. Y el cristianismo es, por esencia, una visión antitrágica del mundo. La muerte de un héroe cristiano puede ser una ocasión de pena pero no de tragedia. Nunca es demasiado tarde para arrepentirse, oh mortal.

## Corolario

*Síntesis apodíctica.*

Y al evocar, al enfrentarse a la mnemotecnia sensorial, uno comprende que la autenticidad del mito cinematográfico se

constituye por las secuencias, los momentos donde uno se descubre o se enriquece, o se contradice, el tiempo al que siempre se retorna, los minutos que Jane Russell y Marilyn Monroe ocupan en declarar "but diamonds are a best a girl's friend"; el descubrimiento que de Marilyn hace Don Murray en *Bus Stop*; la onomatopeya triunfal usada por Marilyn para concluir su "I wanna be loved by you" en *Una Eva y dos Adanes*; su alianza con Lauren Bacall y Betty Grable en *Cómo pescar un millonario* de Jean Negulesco; su enfrentamiento a Robert Mitchum en *River of No Return*; su diálogo en el sofá con Laurence Olivier en *El príncipe y la corista*. El mito puede ser una reducción, una síntesis cualitativa de todas las imágenes vistas y recorridas y padecidas y gozadas. Marilyn Monroe es, antes que otra cosa, antes que símbolo o alegoría, una presencia cinematográfica, una sensualidad jubilosa, cuya melancolía es atribución nuestra, cuya tristeza ha sido colocada por nosotros, cuya sensación de fracaso es, finalmente, de orden extracinematográfico. Marilyn es definitivamente una imagen de vida.

¿Otra conclusión? Una posible sería depositar en Marilyn Monroe la célebre respuesta de Jean Cocteau, quien, al preguntársele qué cosa se llevaría de una casa en llamas, contestó sucintamente: El fuego.



 **Roberto Páramo**

# ¿Cuánto miden las murallas de Troya?

A veces, cuando nos reunimos, nos acordamos, como no queriendo, de las pasadas vacaciones. Entonces la plática recae sobre Max y nadie se pone de acuerdo. ¿Quién fue el primero que lo vio? ¿A quién le habló primero? Ninguna versión coincide. Y al menos yo, he llegado a pensar que todos lo hacemos a propósito, con el fin de conservar una imagen que no pertenezca a nadie más, un recuerdo particular que nos sirva, llegado el caso, para demostrar que gracias a cada uno de nosotros fue que nos hicimos amigos suyos. Porque él no nos dejó nada. Las cosas que tuvo, nosotros se las dimos y fueron consumidas por el fuego. Y de sus cuadros sólo quedan las tablas limpias, bien pulidas, listas para ser utilizadas de nuevo y volver a contener escenas de guerra o mujeres con largos peinados.

Aquí todo sigue como antes. Cualquiera podría jurarlo. Como antes si no fuera por su recuerdo. Pero lo extrañamos. Y a menudo se nos olvida que estamos acompañándonos, con el pretexto de divertirnos, y caemos en la contemplación del mar, de su hipnótico horizonte, y esperamos ver surgir, allá, los puntos negros de las naves que han de venir a sitiarnos... Ya no por diez años, pues nosotros correríamos a entregar la ciudad y condenarla a la ruina.

Tampoco podemos dejar de pensar, que el año que viene terminaremos nuestras carreras y seguramente empezaremos a ejercer, aquí, donde tenemos tantas facilidades, o en la capital, donde nos han hecho algunas proposiciones gracias a los maestros y a las amistades. De nuestros planes matrimoniales ya ni hablamos. Se supone que seguimos siendo novios, pero como no es muy seguro, más vale decir que somos buenos amigos. Aunque, pensándolo bien, tampoco. No tenemos la menor afinidad que nos una, únicamente la nostalgia. Porque la Historia tiene muy poco que ver con el Derecho, como es el caso de Linda y Pedro. Y en lo que a Toño y a mí se refiere, la Ingeniería electrónica menos todavía con las Letras clásicas. Sólo Max, porque su complicado apellido no logramos pronunciarlo nunca.

Al contrario del año pasado, en que nos dio tanta flojera regresar, y sólo lo hicimos por la obligación de tener que ver a nuestros padres y pasar con ellos la navidad, esta vez, tarde se nos hizo para recoger las últimas calificaciones y ponernos de acuerdo con los muchachos para hacer el viaje juntos. Al llegar a la estación, un primo había ido a recogernos. Íbamos a dejar a Pedro y a Toño a su casa, cuando al dar vuelta en la plaza, uno de los dos preguntó: ¿Cuándo nos vemos, pues, mañana? Y fue extraño, aunque no mucho, que los cuatro contestáramos al mismo tiempo. ¿Qué les parece si a las cinco en el restorán de don Melchor? Y por si fuera poco, cada quién siguió: Sí, sí, el de la playa vieja, ¿verdad?... Como si no supiéramos. Creo que nada más nos pusimos colorados y ninguno tuvo ganas de reírse.

Fuimos llegando uno por uno. Mi hermana y yo ni si-

quiera nos pusimos de acuerdo. Parecía como si se nos hubiera olvidado. Cuando los muchachos nos telefonearon al medio día, tampoco dijeron nada. Y ellos también llegaron igual, cada quien por su lado. Y cuando nos dimos cuenta, ya estábamos en parejas, sentados en la misma mesa y tratando de mostrarnos lo más chispa del mundo, hablando de nuestros compañeros de clase, del resultado de las pruebas, de los amigos, de las tardeadas que íbamos a organizar, del baile del Campestre...

Y aquí estamos. Casi no hay clientes. Sólo dos señores viejos (nunca me acuerdo cómo se llaman) que nos preguntan: Qué tal los estudios, y que no dejan de agregar: Nuestros respetos a sus papacitos. Atrás de la caja está don Melchor sacando sus cuentas. Y el único mesero, Paco, se hace el que no nos ve. Ya nadie viene por estos rumbos. La ciudad se ha ido desplazando hacia el sur, con eso de que instalaron la nueva frigorífica y las empacadoras, y nada más los domingos unos cuantos bañistas se dejan venir hasta acá. Al fin, Paco se digna:

—¿Otra vez por aquí muchachos? ¡Qué gusto! ¿Les sirvo algo para el frío?

Paco es hijo de un pescador del puerto, pero como salió con manos de mujer y no servía para nada, lo colocaron de mesero para quitarse la afrenta de encima.

—Esto está igualito que el año pasado, ¿verdad?

—Bueno, igual, es un decir, qué más quisiéramos. Pero sí: volvió a haber ciclón en California.

—¿Tú crees que ahora sí nos toque?

—¡Ojalá! Así vendría menos gente todavía. ¿Se acuerdan qué concurrida era esta playa? ¡Qué horror! Pero, desde que hace un año dieron en venirse estos nublados, a mí me encanta... por algo también le gustó tanto a Max.

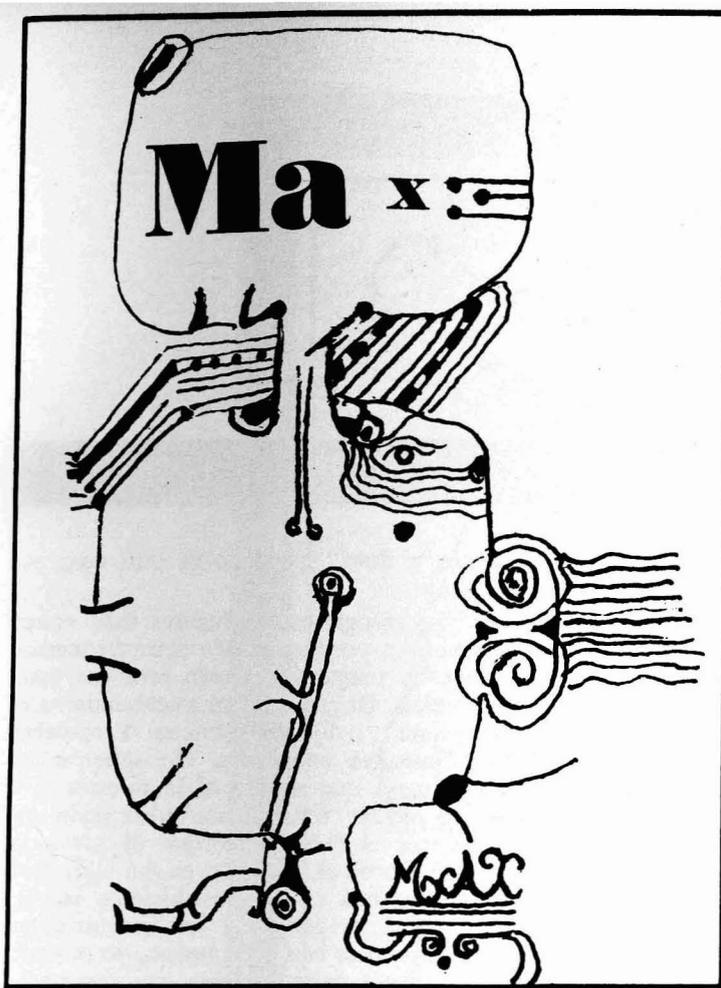
Y nos sirve. Y lo convidamos: Si no tienes nada que hacer, siéntate un rato con nosotros, pídele permiso... Pues sabemos que seguirá hablando de Max. Y nos importa poco que los muchachos hayan dicho que no quieren ni oírlo mencionar. Fingen guardarle coraje por lo mal que les pagó. Pero no es cierto. Lo que pasó fue que ellos lo consideraron su amigo de por vida y a él no le interesaron. Nosotras tampoco quisiéramos ser las primeras en tocar el tema: Qué dirían, que entonces sí estuvimos enamoradas de él y ellos nomás haciendo papel de tontos.

Paco se jala una silla, y mientras va endulzando su taza de agua caliente: Cuéntenme, ¿aprendieron mucho este año?, el próximo se reciben, ¿no es cierto? Bueno, si es que pasan los exámenes finales. Dicen que son bien duros. Ya ven, el hijo de doña Ariadna, tanto decir que el año que entra, que el año que entra...

—Qué Ariadna —pregunta Linda—. Yo no conozco a ninguna que se llame así.

Pero así es Paco. Desde que empezó a creerse culto, le





encuentra a todo mundo su apodo heroico. La tal señora era Adriana Orozco, viuda de Güémez.

—¿Y qué pasó con el libro que les encargué? Necesito averiguar cuánto medían las murallas de Troya, digo, de Ilión —dice a gritos, como declamando una parte concienzudamente ensayada.

—¡De veras! —contesta Toño—. Así fue como lo conocimos. Él estaba parado allí, perdiendo el tiempo, y Paco con el limpiaplato en la mano pendiente de un hilo. ¿Te acuerdas? Tú estabas escuchándolo muy atento y él te estaba contando, como si nada, el combate ante las puertas... ¿las puertas qué?

—Esceas —dice el mesero.

—Exacto. Eso fue lo que más me llamó la atención, el episodio en que alguien es arrastrado alrededor de la muralla. Entonces fue cuando tú le preguntaste cómo le habría quedado el cuerpo al pobre, y si es que eran muy largas las dichas murallas. Él te dijo que medían exactamente... Y creo que a fin de cuentas no se acordó. Pero te explicó que el cuerpo no debió haberse lastimado mucho, porque iba protegido en una ligera armadura cincelada.

Sí, pero eso sucedió después. En esos momentos él tenía un aire de fatiga tremendo. Tanto que yo pensé, éste ha de ser un foráneo que anda de paso, porque lo que es de agente viajero no tiene la facha, o un turista gringo al que se le acabó el dinero, o sabrá Dios, con lo despreocupada que es esa gente. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho, el cabello todo enmarañado, y él sin hacer nada por arreglárselo y ponerse más presentable. A mí me disgustó mucho su desaseo, las botas cubiertas de arena húmeda subidas en una silla, y esa manía de meter el dedo en su taza de café y luego trazar signos sobre la mesa.

—¿Qué no fue aquella vez en que se acercó a pedirme un cigarro? —dice Pedro—. Yo se lo di, pero cuando sa-

qué el encendedor, él me dijo que muchas gracias, que lo iba a guardar para fumárselo después. Entonces yo le dije, toma otro si quieres, y lo tomó.

—¡Oyeme, no seas! —dice Linda—. A mí fue a quien se dirigió primero. Me acuerdo que esa tarde venía yo espectacular, como si alguien me hubiera dicho: tú púlete, que vas a conocer a alguien. No, no te creas, venía así por tí. Y estábamos aquí mismo, bien acaramelados, cuando entró. Y el viento que estaba soplando como endemoniado, nos hizo voltear a ver quién había abierto de par en par. Me vio y se vino derecho y me dijo, perdone, señorita, ¿no sabe usted si rentan cuartos aquí? Ay, joven, no sé, pero pregúntele a don Melchor, el de la caja, que es el dueño. Y se fue con don Melchor, que ya tenía la carota puesta.

—Estás equivocada —me oigo decir—. Acuérdate que oímos el ruido de una motocicleta que no quería arrancar y ustedes dijeron, pobre tipo, se le debe haber atascado en la playa. Y no bien cerraron la boca, cuando ya lo teníamos enfrente, hecho un asco y ofreciéndonos algo que no entendimos qué era, hasta que por no dejar vimos en la palma de su mano un anillo grabado que parecía de oro y en su muñeca una esclava con iniciales tan entrelazadas que no se entendían. Entonces yo le pregunté a cuánto daba la pulsera, que al cabo a cualquiera le podía quedar. Pero él dijo que no la vendía, pues con lo que más adelante le dieran por ella, pensaba ir viviendo mientras llegaba a su destino. Pero que el anillo lo daba barato, porque lo único que quería era comprarse unos tubos de color y unos pinceles.

—El anillo de la Universidad de Heidelberg...

—En eso sí estamos de acuerdo, para que veas —dice Toño—. Yo le dije que se largara de una vez: mira, esto es una tomadura de pelo, si fuera de oro, no ibas a darlo en cien pesos.

—Sí, hombre... yo también creí que no era más que uno de esos amigos que tienen la ventolera de causar lástima, y ahí andan tratando de esquilmar incautos. De esos cuates que no sirven para maldita la cosa y piensan que van a deslumbrar a todo el que se encuentran, y que a la larga no son sino unos tarados.

—¡No es cierto! —interrumpe Paco—. A mí me consta que no. Aquella vez le dijo a don Melchor que si no le daba trabajo. El patrón le contestó que conmigo se daba a basto, porque ya no se paraban ni las moscas. Fue cuando él dijo que el chiste era atraer a la clientela, y que por las noches podía recitar la Ilíada, los pasajes que le pidieran. Se la sabía enterita. Entonces don Melchor, que es español, dijo, no me digas... ¿y por qué no también la Odisea? Y él le respondió que no, porque no le gustaban los poemas de hogar.

Claro, nunca le gustaron. Sin embargo, a estas alturas ya debe haber encontrado el sitio que buscaba en los bosques del Canadá. Un árbol muy robusto, desde el cual, trepándose,

pueda divisarse alguna de esas villas canadienses, tan compuestas que parecen maquetas. Ahora, adentro de su casa socavada en el tronco, toda tapizada con pieles de oso y de zorra, con sus muebles tallados por él mismo a navaja, muy solo, o tal vez en compañía de alguna pequeña mascota que haya encontrado perdida entre la maleza, ha de estar ejercitándose, mientras aguarda a que un golpe de suerte lleve hasta allí el comunicado de una agencia marítima de viajes. Y ha de estar tranquilo, y se ha de quedar todo el tiempo que le queda libre pintando esos cuadros de mujeres con perfil vertical como el suyo, destrenzadas y con jarros antiguos en las manos, pinturas que pasado un tiempo se desteñirán como por arte de magia, aunque para cuando eso suceda él ya estará lejos.

—A lo mejor está en su casa —dice Pedro—, y como él dijo, a lo mejor ya se casó. Y si fue verdad todo lo que nos contó, ahorita mismo ha de estar en su despacho, hasta arriba de un edificio, dictando las últimas órdenes por el interfón, con algún negociante enfrente, invitándolo a cenar, antes de tomar su auto e irse a su casa donde su mujer espera a un niño que será como él. Es todo —terminó—, no nos hagamos ilusiones.

—Yo me lo hago más bien bailando sobre las ruinas de la falsa Troya desenterrada por Schliemann... —dice Paco.

—Mira, ya que quieres presumir de enterado, a ver: dime los nombres de dos abogados áticos...

—Y de dos ingenieros...

—Y siquiera de un periodista... A ver...

—Lo único que yo sé es que las hijas de Tíndaro fueron Helena y Clitemnestra. Las dos hermanas se casaron con dos hermanos, Agamenón y Menelao. Max les advirtió lo que ocurrió en aquel tiempo y los previno. Ustedes saben lo que les espera si siguen tentando al destino... Porque según consta en los poemas, sus respectivas descendencias, hasta hoy, corren así...

El caso fue que cuando menos acordamos ya estábamos platicando con Max, como si hiciera años que lo conociéramos. Recuerdo la vez que dijo: Antier que los conocí... a mí se me hizo que ya hacía un mes. El caso es que una tarde llegó a esta playa. Y esa tarde coincidimos con él. En eso coincidimos los cuatro. Por eso, para unificar versiones, hemos llegado a la conclusión de que: después de haber dado un largo paseo, en cuanto se encapotó el cielo y el viento empezó a soplar, entramos a descansar y a tomar algo en el viejo restorán de don Melchor. Y desde que entramos, él ya estaba aquí, encaramado en uno de los taburetes del mostrador, comiendo a grandes mordidas mientras echaba una ojeada al periódico de ayer. Sí, así fue. Luego pidió una taza de café y fue a sentarse a una de las mesas, para ver desde ahí lo que podía verse, más bien de la playa que del mar. Entonces tuve el mismo sobresalto que siente uno al ir a toda velocidad por la carretera del cantil, o cuando las olas se

empeñan en no sacarnos a flote, y que no es otra cosa que falta de respiración.

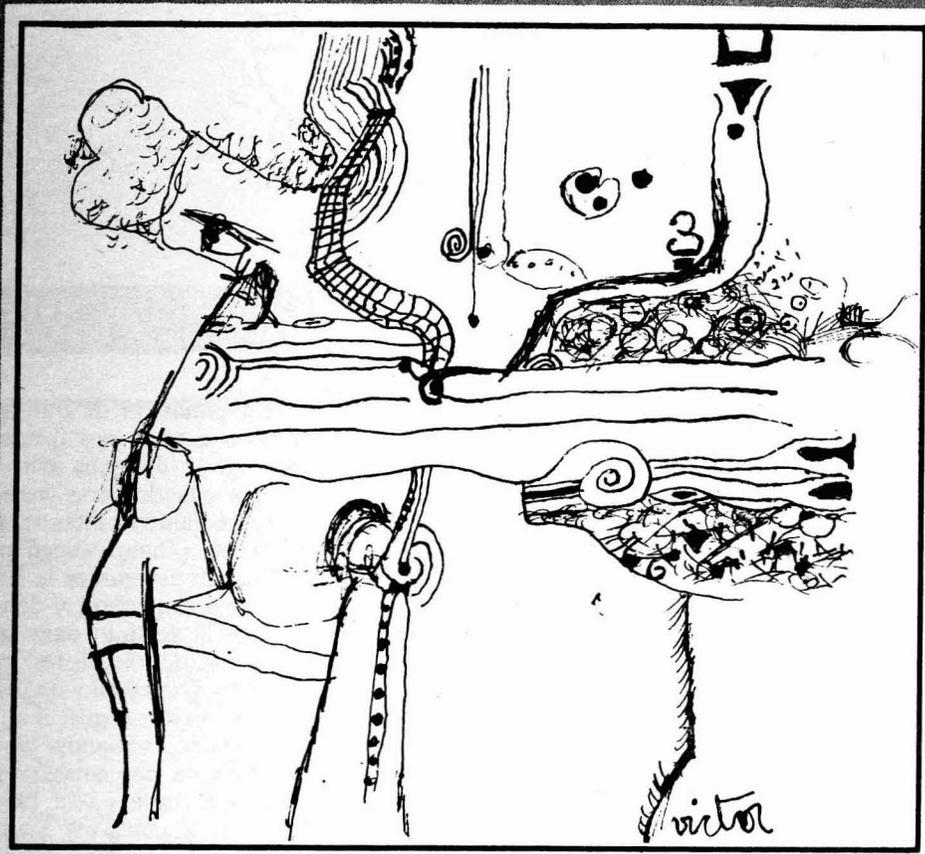
Tanto Linda como yo, escogimos los lugares más convenientes para mirarlo hacer sus porquerías. Me acuerdo también que uno de los muchachos preguntó: ¿Quién será ese tipo?, nunca lo había visto antes. Ha de ser un vagabundo, contesté. Pues no tiene la pinta... dijo mi hermana. Y aparentamos olvidarlo. Pero al rato ya estábamos, sin saber cómo, los cinco juntos en una mesa que no era ni la nuestra ni la de él. Y ahora que lo pienso, todo debió haber sido una jugada que nos hizo Paco, el mesero. Porque al servir las órdenes, tanto nuestras como de él, las puso en un sitio aparte. Y todos, al ir por nuestras cosas, nos hicimos los contradictizos. Él hizo alguna pregunta, y eso fue más que suficiente para que Linda, que es como es, bueno, yo también, y los muchachos que no iban a dejarnos solas, nos sentáramos ahí. Entonces nos dimos cuenta de que algo no respondía a la idea que nos habíamos formado de él. Lo primero que saltaba a la vista era su desaliño, esa capa de polvo que lo cubría y que le daba un color uniforme, dorado terroso, a sus pantalones desteñidos, a su camiseta, a sus cabellos cenicientos, a la barba de varios días y a la chamarra de pana de seda, que nada más viéndola se adivinaba la etiqueta francesa del forro. Entonces caí en la cuenta de que los ruidos de moto, que habíamos oído antes, los había hecho él al pedalearla. Salimos a ver en qué podíamos ayudarlo y Pedro lanzó un silbido de admiración. Seguramente había intentado meterse y andar en ella por la playa, ahí donde la arena mojada presentaba mayor consistencia, pero se le había atascado cerca de los tabloncillos que subían al restorán. Los muchachos le dieron una mano para jalarla, y terminaron dejándola apoyada contra uno de los pilares del porch.

—¿De dónde vienes? —le preguntamos.

Pero él contestó ambiguamente y se interesó más en saber qué hacíamos nosotros. También dijo que el lugar le gustaba, que pensaba quedarse un tiempo, que si no sabíamos si rentaban un cuarto en el restorán. Nosotros le recomendamos dos hoteles, por si acaso, el más caro y uno de los baratos. Pero nos explicó que lo que buscaba era vivir cerca del mar. Aquí mero, dijo. Y así estuvimos platicando hasta bien entrada la noche. A Paco, que lo asediaba a preguntas, le empezó a recitar algo que parecían versos en un idioma extraño. Enseguida los traducí, para nosotros únicamente, pues el mesero se entusiasmaba tanto que cualquiera hubiera creído que los entendía. ¿Se acuerdan de este pedazo?, dijo, y recitó el triunfo de Aquiles sobre Héctor y la vejación del cadáver ante la expectación de su ciudad.

—¡Uy, debe haberle destrozado el cuerpo! ¿Qué largo aproximado tienen esas murallas?

—Tienen, tenían más bien... No lo recuerdo ya. Pero pienso decírtelo un día de estos, aunque va a ser difícil. A



no ser que le escriba a mi maestro de ética, en Heidelberg, y ya sabes lo que tarda el correo... Estas cuestiones tienen que consultarse en los libros, y yo no traje nada conmigo. Bueno, como no sea ese armatoste —y señalé hacia afuera donde estaba la moto—, y lo que traigo puesto encima.

En su casa, su papá le había dicho: Bien, ya es hora de que empieces a preocuparte por tu posición y dejar de andar jugando con tus amigos y haciéndole al loco en la motocicleta y yendo de una muchacha a otra. No estaría mal que fueras pensando en serio. También que te casaras. Para eso, nada mejor que vayas conociendo mis negocios, que estés bien enterado para que llegues a manejarlos pronto. Por preparación no ha de quedar, sólo falta que te decidas. En recompensa te dejo en libertad para que escojas el auto que más te guste. A mí nada más me dices dónde, cuándo y cuánto. Tampoco estás en edad para andar en esas trazas, que desdican nuestra posición y en nada incrementan el cultivo de las relaciones que te pertenecen y que te has empeñado en ignorar.

Esa misma noche salió de su casa a bordo de su motocicleta. Tocó varios sitios, desempeñando trabajos de ocasión, hasta que llegó aquí.

Don Melchor le rentó un cuarto anexo a la trastienda y retuvo su pulsera como rehén. Y como ninguno de nosotros creyó mucho sus historias, nadie se interesó en el anillo. Sólo Paco sacó sus ahorros para comprárselo en los cien pesos convenidos, y tuvo que ponerle varias vueltas de tela adhesiva en el interior, para que se le sostuviera en su dedo de mujer.

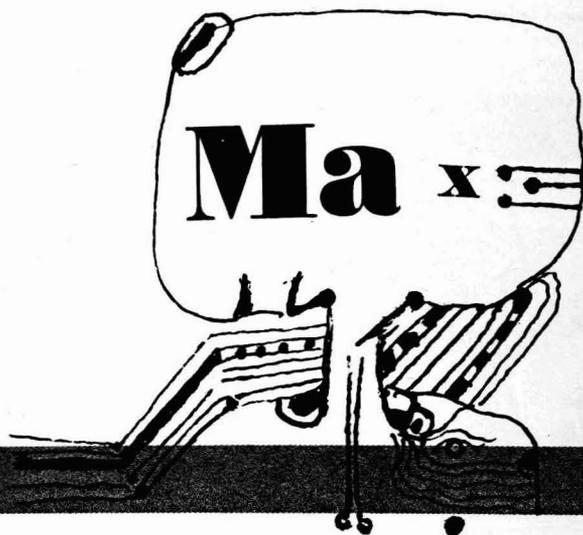
Creo que esa misma noche, Max y los muchachos hicieron

planes para entretenerse los dos meses de las vacaciones. Y por las tardes podemos ir al cine, propuso Linda. No, muchas gracias, contestó él, nunca me ha gustado ir al cine, siempre que he ido ha sido por la fuerza. Entonces, dije yo, podríamos dar la vuelta en auto o caminar por la plaza, para ver si consigues novia y así ya somos tres parejas. Eso sí, para que veas, dijo entusiasmado, me encanta que me vea la gente.

Los planes de ellos comenzaron al día siguiente por la mañana. Y como se suponía que eran deportivos, entrenamientos de ataque y defensa, como les llamaban, las dos quedamos excluidas. ¡Max nos someterá a un régimen espartano!, decían sin disimular la emoción. Está bien estudiar, les había aconsejado, pasarse media vida aprendiendo, pero también hay que ejercitarse. Nunca se sabe lo que puede pasar, hay que estar en condiciones.

A partir de entonces, se estableció entre nuestros novios una rivalidad secreta. Cada uno quería ser más amigo suyo. Y cosa que les contaba de sí mismo, de su vida, o de lo que sabía, esperaban estar juntos para presumirse de la confianza que les había tenido. Así, ya no los veíamos sino por las tardes. A veces nos llevaban al cine. Pero eso cuando Max quería estar solo, porque le entraba la inspiración y se la pasaba en la playa hasta que oscurecía, pintando un mar lleno de barcos guerreros, actos de saqueo y de raptos.

En una ocasión, Linda y yo nos levantamos de madrugada para ir a ver en qué tanto se ocupaban. Dimos un largo rodeo a pie, para llegar por el lado de las dunas y que no nos vieran. Llegamos mucho antes que Pedro y Toño. Y desde el matorral vimos a Max, ahí abajo, en el patio de atrás del



restorán, donde amontonaban las cajas vacías, los tambos de combustible y todo el mugrero, colgado de un tubo haciendo vencidas. Luego descansaba y volvía a lo mismo. Al rato ya estaba en el suelo, incorporándose repetidamente con los brazos. Linda y yo nos preguntamos cómo podía dedicar tanto esfuerzo a algo tan inútil y sin chiste, en lugar de estar barriendo la basura o limpiando los vidrios siempre sucios. Pero momentos después ya estábamos llevando la cuenta de sus dominadas a media voz, y caminando hacia él. No me explico cómo no nos vio, tan enfrascado estaba en lo que hacía. Sólo nos detuvo su repentina inmovilidad y una aspiración suya, tan fuerte en nuestros oídos, que las dos nos llevamos la mano a la garganta. En ese momento, frente a él con la cabeza hacia atrás y los ojos cerrados, nos dimos la escapada y volvimos a trepar la duna por donde no podía vernos. Llegaba el auto de los muchachos. Y apenas se dieron unas palmadas, cuando ya estaban corriendo de acá para allá, persiguiéndose y entablado luchas, hasta que consideraron que ya estaba bueno y se metieron al mar. Entonces vimos a Paco salir del tejabán del porch y pegarles de gritos. Así hasta que lo oyeron y entraron, seguramente a desayunar. Linda y yo sacamos unos cigarros, y uno tras otro se nos fue el tiempo, sentadas, tratando de reconstruir un friso donde tres personas se enfrentaban sin querer verse en la atmósfera carcomida del mármol. Cuando volvimos a asomar la cabeza, ya estaban de nuevo en la playa, tendidos bajo un cielo nublado, en la arena que era casi su reflejo opalino. Nos fuimos. Y pensar que para esto madrugamos... Alcanzamos a ver otro coche lleno de amigos que se estacionaba. Tal vez organizarían un partido que iba a durar hasta el mediodía, o sea, hasta que Max pretextara estar muerto de fatiga, para poder ayudarlo a Paco con la limpieza, con lo que le chocaban los oficios serviles.

Esa tarde volvimos al restorán. Atrás del mostrador, en la pared de la parte de arriba, habían colgado una manta, como para tapar algo. Le preguntamos a Paco y nos respondió que nada, que estaban haciendo reparaciones. Como no le creímos, le hicimos la misma pregunta a don Melchor que, cosa rara, estaba de humor. Y muy en secreto nos comunicó que eran puntadas de Max... Bueno, pues que Max estaba pintando una obra mural que ilustraría el nombre de su establecimiento. La diosa del Mar: No quiere que se sepa, nos dijo quedito, me hizo prometer que no se lo diría a nadie, pero qué quieren: algún día tiene que descubrirla y qué voy a decir: ¿que la pinté yo? Él me sugirió decir que había contratado a un artista, pero quien me lo iba a creer, con lo mal que anda el negocio y cuando que a mí nunca me han interesado esas cosas de arte... ¿Y a qué horas lo pinta? Pues cuando cerramos, antes de irse a acostar.

Por el tiempo en que desveló su mural, unos días antes de irse, ya no le importaba que lo supiéramos, ya no se aver-

gonzaba de saber pintar, ni de que le gustara. Tal vez porque fingimos que poco a poco nos íbamos dando cuenta: cuando nos explicaba algo y dibujaba con agilidad sobre las servilletas de papel, o cuando otras veces llegábamos por detrás de él y lo sorprendíamos pintando triunfos y masacres a la orilla de un mar de plomo. Tengo presente la noche en que lo descubrió. Cuando esperamos la hora de cerrar, para que se fueran los demás parroquianos, y don Melchor se puso espléndido con una botella de tinto para celebrar el acontecimiento. Todos nos pusimos de pie, listos para brindar. Paco apagó los focos del techo y encendió unos que había colocado atrás del mostrador, de manera que iluminaran desde abajo a la pintura. Acto seguido, tomando las cosas muy a pecho, se encaramó en una silla con unas tijeras en la mano. No nos habíamos fijado que traía en la cabeza unas hierbas entrelazadas, y estuvimos a punto de atacarnos de risa. De pronto empezó a cantar esos poemas antiguos que había aprendido de Max, y de los que yo no entendí ni las raíces más elementales. Cortó el cordón y el trapo cayó hacia un lado. Paco y Max derramaron el contenido de sus vasos. Del centro emergía una figura femenina con la cabeza vuelta de perfil, desnuda hasta la cintura. Dos mujeres la ayudaban a salir del mar, aunque no se sabía a ciencia cierta de dónde, porque un poco más abajo del curvado velo que apenas le cubría la cadera, terminaba el lienzo de pared y seguían los estantes. A ambos lados, a todo lo largo, lo demás estaba vacío, al natural el muro mugroso de siempre, que sólo había cubierto parcialmente de blanco.

—Falta la firma —observó Toño. Y Paco volteó aterrado:

—¡Es cierto, Max, no lo firmaste!

—¿Alguien trae una pluma?

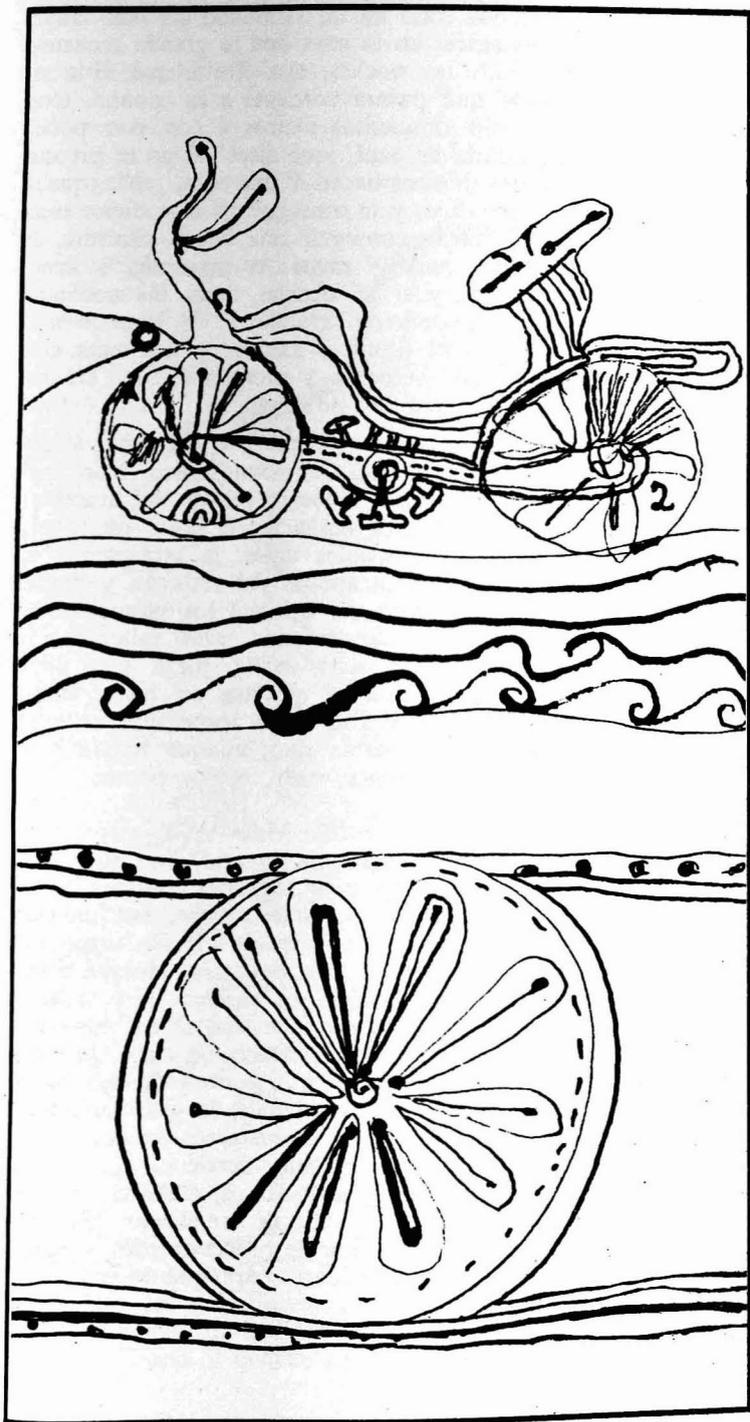
—Si quieres coge la atómica de la caja —dijo don Melchor.

Entonces él se subió al mostrador y estuvo cerca de cinco minutos trazando, sobre la parte sin pintar, su firma bien grande y rellena. Es una belleza, decía Linda, es una lástima que la diosa esté en este cuchitril... Qué le vamos a hacer, le contestaba Max, así es el destino, ya vez a Paco, actualmente reducido a la condición de criado y a mí de pintaparedes... Oye, ¿es el retrato de tu madre o qué?, exclamó don Melchor y nosotros lo quisimos fulminar con la mirada, es que se te parece mucho, por eso... Y agregó: Este hombre va a acabarse toda la carga.

Cuando Max se fue, y el mural fue despintándose paulatinamente, como todos sus demás cuadros, primero las pinceladas iniciales y en seguida las otras, algunas de las cuales se conservaron en calidad de fino polvillo adherido, sólo la firma que hizo sin esa preparación efímera suya, quedó. El nombre de Apeles todavía se ve claramente y por eso Paco ha dado en llamar al mostrador, la Stoa.

—¿Cuánto tiempo tardó en borrarse la diosa, Paco?

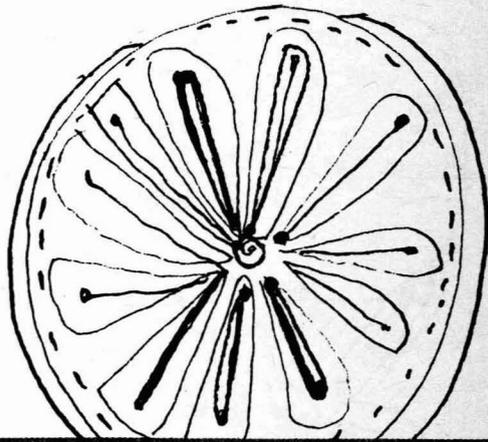
—Muy pronto, señorita, al día siguiente ya no había nada.



Pero no es cierto. Por ejemplo, los retratos que nos hizo a Linda y a mí como las divinas Helena y Clitemnestra, y a Pedro y a Toño como los divinos Agamenón y Menelao, tardaron meses en desteñirse. Por eso creo, estoy segura, de que el mural de la Stoa tardó más.

Un día, cuando Max vio la oportunidad, tal vez porque presintió de qué manera tan inconsciente nos estaba separando, cuando vio que los muchachos, con todo y ser hermanos, ya casi no se trataban y preferían buscarlo a él por separado, y solamente andaban juntos cuando no les quedaba otro remedio, aprovechando entonces para pasearse por el centro, exhibiéndose, aunque antes que nada exhibiendo a Max, para que las muchachas se hicieran las encontradizas con ellos e iniciaran pláticas que invariablemente terminaban con la organización de alguna fiesta, previa insinuación de que: claro, aquí su amigo también está invitado, nos encantaría... cuando vio que Pedro y Toño llegaban por él, cada quien en su auto, cada uno apresurándose para llegar antes que el otro, y cómo en cierta ocasión, hasta se golpearon cuando se trató de decidir cuál de los dos llevaba a Max a una de esas casas de las afueras; cuando, según él, vio el efecto que nos había causado aquello que dijo sobre la maldición atrida que pesaría sobre nosotros si nos casábamos, y que tomamos como una locura suya, por más que nuestro distanciamiento hiciera creer que lo habíamos tomado en serio; cuando vio que Linda y yo nos arrebatábamos la palabra cuando nos dirigíamos a él, cuando vio la de veces que llegábamos por esos rumbos apartados, so pretexto de ir a buscar a Paco para hacerle un encargo, y en cuanto nos topábamos con él se nos olvidaba a qué habíamos ido, cuando vio que hacíamos todo lo posible para que nos debiera favores, como: ¿no quieres que te cosa la camiseta?, quítatela y te la puedo traer mañana temprano, de veras que no es molestia, en la casa tenemos a una mujer que nos cose, y: te invito una nieve en la refresquería, tengo una amiga que te quiere conocer, está interesada en tomar clases de pintura; en fin, que cuando Max vio que aquello no iba por buen camino, y cuando se enteró por nuestros novios de que nosotras andábamos haciéndole un doble juego, diciéndoles que no nos gustaba que fueran a jugar tanto con él, que qué era eso de que dos jóvenes tan decentes andarse juntando con un tipo que quién sabe quién sería... Y tal vez, cuando Max vio todo eso, decidió poner algo de su parte para volver a reconciliarnos:

—Quisiera levantar una cabañita por la altura de las dunas, donde estar tranquilos, donde juntarnos a platicar. Aquí, si no estamos en el restorán, o dando vueltas en la plaza, es imposible. Donde descansar, estar tirados y preparar café, y poder pintarles unos retratos posados. Ya he conseguido unos tablones y unas láminas acanaladas que tiraron de la frigorífica. ¿Qué les parece la idea? Lo que no sé es si está permitido, a lo mejor luego me caen los guardias y la derriban...



—Por eso no tengas cuidado, ¡para algo mi papá es el gobernador! —dijeron Pedro y Toño.

—Ay sí... —dijimos—, y eso qué. Tú haz lo que quieras, Max. Mi papá no necesita de elecciones para ser el más importante de la comarca. Ya sabemos quién le hace los mandados a quién...

De regreso, no bien hicimos las paces, acordamos: Hay que dejarlo hacer lo que quiera, nada de andarse entrometiendo, sobre todo ustedes que son de un resbalosas... sobre todo ustedes que son de un arrastrados... A Max no le gustaría que interviniéramos. Si nos pide ayuda, ya será cosa de pensarlo. Además qué va a decir la gente, que ya nomás nos falta vivir con él.

Pero pensábamos todo lo contrario y hacíamos un verdadero esfuerzo para que el interés en su cabaña no se nos notara. Cuando volvimos a reunirnos, no tocamos el punto esperando a que él lo hiciera, pero silencio. Y así las veces siguientes, hasta que:

—¿Y como va tu construcción? ¿Cuántas piezas le vas a hacer?

Paco lo interrumpió:

—El megarón, únicamente, no hay para qué más.

A Paco ya sólo le faltaba hablar diariamente en griego. Para entonces tenía un vocabulario extensísimo, y más nos valía fingir que le entendíamos. De haberle durado más tiempo la excentricidad, seguramente habría empezado a correr fama de trastornado. Pero así como aprendió el idioma en cosa de días, así también, con la desaparición de Max, lo iría olvidando hasta dejar de hablarlo. Por lo pronto, si queríamos callarlo, vaya uno a saber si por envidia, le preguntábamos algo que lo tenía obsesionado, que lo hacía quedar absorto y por lo tanto mudo:

—Y qué pasó, ¿ya te enteraste cuánto medían las murallas de Troya?

—No —contestaba—, pero para qué me preocupo, Max prometió decírmelo.

Tarde se nos hacía por conocer su cabaña. Y una vez todos estuvimos a punto de romper la promesa y darnos una pasada por ahí y ver la construcción que ya se divisaba levantada.

Así que cuando Max nos dijo: Espérense hasta mañana, no aguantamos más y empezamos: ¿Aseguraste bien el techo contra el viento?, si necesitas alambre para los amarres, y algunas hiladas de ladrillo para el piso, cuando cambiaron las puertas en la casa, guardamos algunas de las viejas, cómo vas a estar en el chiflón, y a propósito: Mendivil, el de la herrería me debe cierto favor, él podría hacerle una ventanita rápido, ¿no crees?, ¿y ya has pensado en lo de los muebles?, de menos los indispensables, tienes que estar cómodo, ya que te tomaste tanto trabajo, a nosotras nos sobran cosas, ¿verdad, tú?, por lo pronto cuenta con mi radio de transistores, nos acaban de regalar uno a cada una, y: ¿te acuerdas de

la tele de pilas que nos trajo mi tío Edmundo del otro lado?, si quieres te la prestamos, en la casa en la grande tenemos, qué vas a hacer todas las noches, oye, Toño, qué diría mi papá si le dijéramos que pasara corriente a la cabaña, total del restorán acá serán doscientos metros y con dos postes basta, y hay que pintarla de azul, ¡qué dices! tú no te preocupes: a nosotros nomás déjanos hacer. Y una cosa, ¿eh?, cuando te aburras de esto, nos dices y te conseguimos algo digno en la ciudad. Te podemos hasta conseguir una buena chamba, de esas en que no haces nada y nomás te presentas a llenar el expediente. Piénsalo, y si te decides, para las próximas vacaciones ya estás instalado en grande... Y Max miraba la bruma que ocultaba el litoral y asentía, y sus ojos eran un reflejo acorde al mar, húmedos y profundos, fijos en esas otras vacaciones que no habrían de llegar.

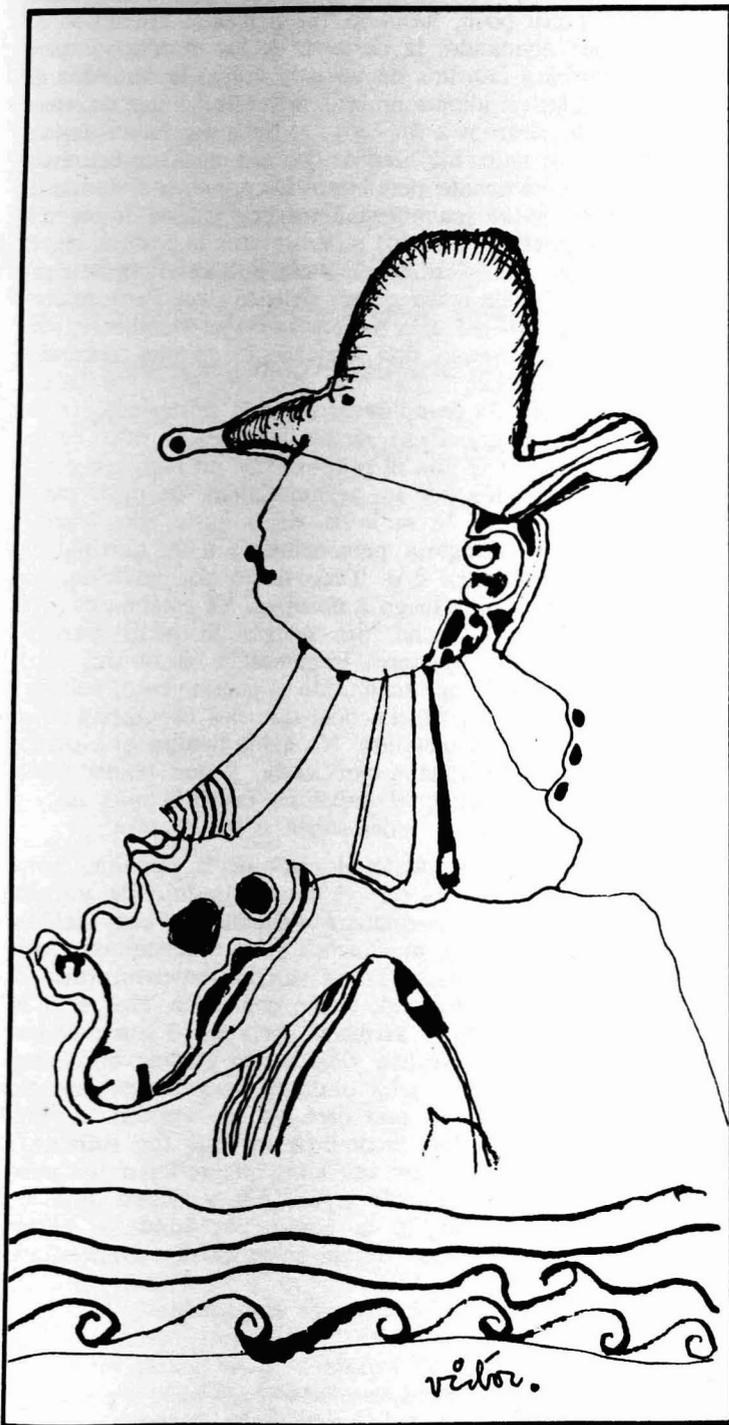
Así nos la pasábamos, sentados frente a la cabañita, viendo el mar, la arena y el cielo, todo del mismo color, bien arropados con unas frazadas contra el viento grisoso del atardecer. Nos sacaban de ese sopor, nos deshacían el nudo de la garganta, unos gritos incomprensibles entre la monotonía del oleaje: Paco se pegaba sus escapadas del restorán y llegaba acezando. Se sacaba de abajo del delantal los paquetitos de café y de azúcar y nos preparaba unas tazas calientes. Ya había logrado reunir una pequeña vajilla, pieza por pieza, media docena, justo para que se quedara un buen rato a platicar: don Melchor se quejaba de lo torpe que se había vuelto, de la de tazas que había roto; aunque lo diligente, decía que decía, no te lo quita nadie, ni los pedazos llevo a ver.

—Yo iba hacia el Canadá —dijo Max—. (Y atrás la cabaña de un solo cuarto toda pintada de azul, con sus libros, su televisión y su radio, su ventanita de hierro y vidrios con su cortina, su puerta de bastidor siempre abierta, sus tablonces y sus láminas bien afianzados, su piso de ladrillo embreado, sus tubos de colores, sus tablas lisas para que pintara a gusto, sus balones de formas distintas, sus enseres... y todo era nuestro, pero nosotros pensábamos que sólo él era nuestro y todo lo demás de él. Lo poco verdaderamente suyo, la motocicleta, la chamarra de pana de seda, la pulsera de oro, estaba guardado en el restorán, y hasta el anillo de graduado de la Universidad de Heildelberg, en posesión preciada del mesero Paco, que todavía no se metía al mar, donde el agua habría de sacárselo de su dedo de mujer). Iba al Canadá, pero al cruzar la ciudad no resistí la tentación de ver el mar. Me gustó así, como cubierto por una coraza de bronce verde, y pensé: aquí no hay nadie, aquí me quedaré, para qué ir más lejos, voy a construir aunque sea un cobertizo, y en eso se me atascó la moto y vi que más arriba había un restorán...

—Paco, ¿qué edad tendría Max cuando lo conocimos?

—¿En aquel entonces?

—Sí, hace un año.



—Pues ustedes calculen, que saben calcular, y saquen la cuenta. En 1180 antes de Nuestro Señor, cuando los generales reunieron sus contingentes para la guerra, él debe haber andado por los veinte años, ¿no?

—¿Y por qué tanto?, cómo crees...

—Bueno, también existe la posibilidad de que haya nacido en 45, cuando terminó la guerra y los generales se suicidaron o fueron asesinados.

—Por favor, Paco tú qué sabes...

—¡Los que no saben son ustedes!

Y puede ser que sí. Porque Paco fue el único que presenció su llegada. Estaba de ocioso en la cocina, viendo la playa por el respiradero, a través de la tela de alambre cubierta de moscas y de cochambre, cuando vio que alguien se desplazaba a toda velocidad en una moto, levantando con las ruedas una cortina de agua. Y en una de tantas vueltas, al adentrarse más en la arena, el artefacto derrapó. Su primer impulso fue salir a ayudar, pero pensó que con qué fuerzas, que mejor era dejar las cosas como estaban. El destino diría si ese tipo, salido del mar en una motocicleta hecha para andar sobre las olas, habría de quedar varado, o...

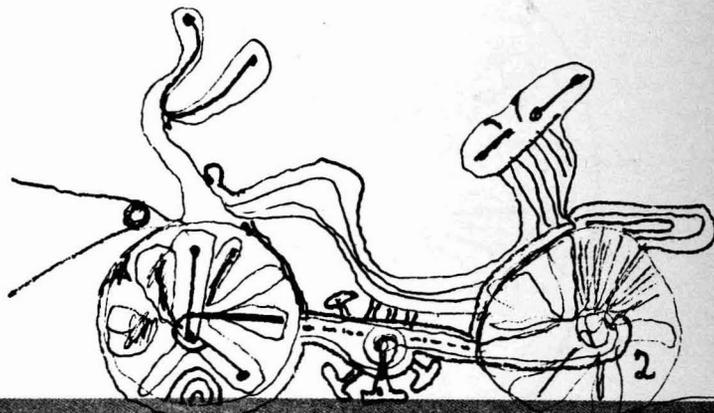
—... y en eso se me atascó la moto y vi que más arriba había un restorán. Entré a pedir ayuda, pero era tan agradable estar aquí adentro, con el hambre que traía, y luego ustedes tan felices... que cuando se viaja tanto tiempo solo, dan ganas de platicar con alguien. Y como caídos del cielo me los encontré. No me imaginaba, siquiera, que iba a encontrarme, de pronto, a quienes participaron conmigo en aquel acontecimiento, el único en el que vivimos al mismo tiempo. De alguna manera debe uno recordar lo que sabe, y qué mejor que hacerlo con la gente a quien nos unen antiguos lazos. Por eso, el hecho de que ninguno recuerde la longitud del bastión de Troya, es disculpable; no se muere en vano tantas veces, aunque no me explico cómo pueden olvidarse cosas tan importantes...

Entonces yo me doy cuenta, como si me observara desde afuera que miro el mar con una mirada que es copia de la suya, y que no es sino el ceño fruncido que intenta adivinar, tras la neblina, las ondas que, teniendo diversos nombres, parten y entran en el Mediterráneo, tocan sus costas y se introducen por el Helesponto para aromar la colina de...

—¿Cómo se llama hoy la colina, Paco?

—Hissarlik, que feo suena, ¿verdad?

—... y ese era un dilema que me venía planteando tiempo atrás sin poder resolverlo. Por eso me dirigía al Canadá, porque mientras tengamos preguntas sin respuesta, es inútil viajar a Troya y proseguir la guerra. Es necesario, antes, encontrarse un buen árbol y hacer una casa, socavar un largo corredor de acceso, ascendente e inexpugnable, y al final una pieza que lo mismo sirva de salón de armas que de biblioteca, de comedor que de dormitorio, el piso recubierto con



las pieles de los animales cobrados, y unas pequeñas ventanas por donde otear el horizonte; labrar uno sus propios muebles en esa madera rojiza del maple, pintar mujeres y cántaros, dibujar planos estratégicos, y así dejar que pase el tiempo mientras la respuesta se revela sola, tal vez en el momento de labrar una palmeta o una voluta, en el acto de dejar caer el pincel sobre un perfil, o cuando tirado en una piel de oso se mire caer el anochecer en la villa aledaña que apenas se distingue. Entonces será la hora de enfurecer, de incendiarlo todo y partir a embarcarse en la primera nave que salga hacia Asia. Así sucedió cuando el Rey de hombres tuvo un pretexto, y así cada uno de sus generales y los 60,000 héroes reunidos.

—¿Dónde estará ahora?

—Yo creo que muerto de coraje al ver la ciudadela derruida, sin sillares, ni torre, ni puerta, ni almenas.

—Tú qué sabes...

Para esto ya hemos salido del restorán. Dentro de unos minutos se perderá la visibilidad, pero aún así no vamos tomados de la mano, pero aún así no nos dirigimos al auto. Caminamos hacia las dunas donde ya no queda ni rastro de la cabaña de Max. Sólo al día siguiente del incendio, pudimos ver los fierros retrocidos de la ventana y lo que quedaba del televisor. Luego el viento barrió las cenizas y la arena sepultó lo demás. Lamentamos no haber recogido siquiera un vestigio de esas ruinas con qué dar fe de su existencia. Pero no. Max regó todo muy bien con gasolina y todavía dejó adentro un tambor lleno, para que hiciera explosión.

Aquella madrugada en que Paco nos telefoneó, asustado por el ruido y describiéndonos las llamas que veía, a nosotros nos fue imposible salir de la casa. Fue inútil que tratáramos de dar una explicación convincente. Y mientras, afuera, los silbidos de los muchachos. Al fin, cuando empezaba a clarear, nos dieron permiso. En el lugar del fuego sólo había arena ennegrecida, y sobre ella la sombra más oscura de Paco contemplándola. Era todo. La noche anterior Max se la había pasado aceitando su moto, porque don Melchor le dijo que el salitre podía echársela a perder. De la misma manera que también le dijo: ¿No pasas frío, Max?, llévate tu chaqueta de pana, ¿para cuándo la quieres?... ¡ah!, dijimos nosotros, ¿y su esclava grabada?, ¿cuánto quiere usted por ella? ¡Uy!, contestó el viejo, da la casualidad que ayer mismo vino a saludarme un conocido mío que se dirigía a la frontera, y se la enseñé, más que nada por hacerle el favor a Max, que andaba necesitado. El chiste es que mi amigo se interesó. Lo consulté con Max y los dos llegaron a un acuerdo. Quiso pagarme lo que me debía, pero, claro, no le acepté un centimo, sabía que tarde o temprano iba a hacer un largo viaje.

Así que ni eso nos quedó. Y la idea de poseer algo suyo se convirtió en obsesión. Fue en vano buscar una pista, un rastro cualquiera. Tendría que pasar un año para que nos resignáramos.

Por si fuera poco, hasta lo que habíamos aprendido de él, se nos fue olvidando, la destreza de los muchachos para romper tablones y ladrillos de un solo golpe, la facilidad de Paco para hablar un idioma muerto, la vergüenza que teníamos Linda y yo de mirarnos a los ojos... Nada nos había dejado. Ya he dicho que todos los cuadros que nos regaló se borraron. De nada sirvió, en cuanto percibimos los primeros síntomas de desvanecimiento, que los cubriéramos con vidrios o los resguardáramos en el fondo de los roperos; hasta la pintura blanca que usó de base se volatilizó. Y nada más conservamos una tablas manoseadas de tanto querer detener algo. Pero miento, algo sí dejó: una firma que no era la de su nombre, y que un día de estos, cuando don Melchor le de una remozada al local, desaparecerá.

También habría de desaparecer la carta misteriosa, escrita con tinta invisible, que Paco recibió anoche, al rato de habernos despedido de él con el propósito de no regresar nunca, y que le fue entregada por un agente viajero, de paso por la ciudad, que se tomó la molestia de ir hasta esos rumbos de la playa para entregarla personalmente a su destinatario. Sr. Francisco Rodríguez c/o. Paco llamó por teléfono, primero a los muchachos y luego a nosotras. Ya estábamos acostadas y era la medianoche. Sin pensar en pedir permiso, menos en avisar que salíamos, trepamos la barda del corral y, como si nos hubiéramos transmitido el pensamiento, saltamos directo al coche de los muchachos, que nos esperaban en el callejón con el motor encendido. No había tiempo que perder. Paco dijo que ya le andaba por leerla, y que como estaba escrita con tinta invisible, el papel no resistiría más de una aproximación al fuego: Ustedes saben si les interesa.

Conforme la fue acercando al calor de la parrilla, fueron apareciendo los caracteres que el mesero tradujo en voz alta a nuestra memoria de la manera siguiente: "Paco, saludos, saludos también para los muchachos y las muchachas. ¿Sabes una cosa? Las murallas de Troya son inconmensurables. En cambio tuvieron un comienzo, según consta en Ho. Pero no tienen fin, porque ni hacia arriba ni hacia abajo son otra cosa que una infinidad de estratos, y hacia acá y hacia allá corren desenfundadas dando la vuelta o desplazándose penosamente, existiendo aún ahí donde uno cree que no existen. Lo que pasa es que a veces son escombros los que las señalan, o llegan momentos en que son tan altas que reflejan las nubes y llega a creerse que el cielo sigue. Ah, y tienen una sola puerta, lo demás es colarse: la Escea, por donde si se sale se sale a la muerte y por donde si se entra se entra a la gloria."

En ese momento llegó una mujer empapada:

—¿Max? ¿Dónde está Max?

—No está aquí, querida señora.

—Claro, ha de andar...

—No, se ha ido. Ha llegado usted tarde... ¡como siempre!

# Jaime Sabines

## DOÑA LUZ

1

Acabo de desenterrar a mi madre, muerta hace tiempo. Y lo que desenterré fue una caja de rosas: frescas, fragantes, como si hubiesen estado en un invernadero.

¡Qué raro es todo esto!

2

Es muy raro también que yo tuviese una madre. A veces pienso que la soñé demasiado, la soñé tanto que la hice. Casi todas las madres son creaturas de nuestros sueños.

3

En la fotografía conserva para siempre el mismo rostro. Las fotografías son injustas, terriblemente limitadas, esclavas de un instante perpetuamente quieto. Una fotografía es como una estatua: copia del engaño, consuelo del tiempo.

Cada vez que veo la fotografía me digo: no es ella. Ella es mucho más.

Así, todas las cosas me la recuerdan para decirme que ella es muchas cosas más.

4

Creo que estuvo en la tierra algunos años. Creo que yo también estuve en la tierra. ¿Cuál es esa frontera? ¿qué es lo que ahora nos separa? ¿nos separa realmente?

A veces creo escucharla: tú eres el fantasma, tú la sombra. Sueña que vives, hijo; porque es hermoso el sueño de la vida.

5

En un principio, con el rencor de su agonía, no podía dormir. Tercas, dolorosas imágenes repetían su muerte noche a noche. Eran mis ojos sucios, lastimados de verla: el tiempo del sobresalto y de la angustia. ¡Qué infinitas caídas agarrado a la almohada, la oscuridad girando, la boca seca, el espanto!

Pero una vez, amaneciendo, la luz indecisa en las ventanas, pasó su mano sobre mi rostro, cerró mis ojos. ¡Qué confortablemente ciego estoy de ella! ¡qué bien me alcanza su ternura! ¡Qué grande ha de ser su amor que me da su olvido!

6

Fue sepultada en la misma fosa de mi padre. Sus cuerpos reposarán juntos hasta confundirse, hasta que el tiempo diga ¡basta!

(¡Qué nostalgia incisiva, a veces, como ésta!)

¿En dónde seré enterrado yo? Me gustaría cuidar mis funerales: nadie llorando, los encargados del oficio, gente decente. De una vez solo hasta un lugar lejano, sin malas compañías. O incinerado, estupendo. Cualquier río, laguna, charco, alcantarilla: todo lugar sagrado.

No me acostumbro a vivir.

7

De repente, qué pocas palabras quedan: amor y muerte.

Pájaros quemados aletean en las entrañas de uno.

Dame un golpe, despiértame.

Dios mío, ¿qué Dios tienes tú? ¿quién es tu Dios padre, tu Dios abuelo? ¡Qué desamparado ha de estar el Dios primero, el último!

Sólo la muerte se basta a sí misma. Se alimenta de sus propios excrementos. Tiene los ojos encontrados, mirándose entre sí perpetuamente.

¡Y el amor! El amor es el aprendizaje de la muerte.

8

Si tú me lo permites, doña Luz, te llevo a mi espalda, te paseo en hombros para volver a ver el mundo.

Quiero seguir dándote el beso en la frente, en la mañana y en la noche y al mediodía. No quiero verte agonizar, sino reír o enojarte o estar leyendo seriamente. Quiero que te apasionas de nuevo por la justicia, que hables mal de los gringos, que defiendas a Cuba y a Vietnam. Que me digas lo que pasa en Chiapas y en el rincón más apartado del mundo. Que te intereses en la vida y seas generosa, enérgica, espléndida y frutal.

Quiero pasear contigo, pasearte en la rueda de la fortuna de la semana y comer las uvas que tu corazón agitaba a cada paso.

Tú eres un racimo, madre, un ramo, una fronda, un bosque, un campo sembrado, un río. Toda igual a tu nombre, doña Luz, Lucero, Lucha, manos llenas de arroz, viejecita sin años, envejecida sólo para parecer-te a los vinos.

## 9

¡Con qué gusto veías los nuevos utensilios de cocina, una sartén, una olla reluciente, un mondador facilísimo! Sabías para qué sirven las cosas y extraías de ellas el máximo provecho. Nunca dejaste de estar asombrada ante la radio, la televisión, los progresos del hombre: asombrada, interesada, despierta.

Y algo en ti, sin embargo, era antiquísimo, elemental, permanente. Por eso podías, con el Viejo, remontar un río en canoa, construir una cerca, levantar una pared, cuidar un gallinero, dar de comer, dar sombra, dar amor.

Aún en los años de la derrota —vejez, viudez y soledad juntas— seguiste levantándote temprano, hacías café para todos, un desayuno abundante y rico; esperabas tus hijos, tus nietos, lo que te quedaba.

Te lo agradezco, madre: hay que seguir levantándose temprano para esperar diariamente la vida.

## 10

Quiero hacerte un poema, darte unas flores, un plato de comida que te guste, alguna fruta, un buen trago; llevarte tus nietos, comunicarte una noticia estupenda.

De la ventana de tu casa me he regresado porque tu casa está vacía inexplicablemente.

¿Qué le pasa al mundo?

Me he puesto a trabajar como un burro tratando de ocuparme, de traerme al mundo, de estar con las cosas. Lo he logrado. ¡Pero hay un instante de lucidez, un sólo instante!

“Si vuelves atrás la mirada quedarás hecho una estatua de sal.” Y yo soy, apenas, un hombre de piedra que quiere ver hacia delante.

11

Dame la mano, o cógete del brazo, de mi brazo. Entra al coche. Te llevaré a dar el último paseo por el bosque.

Querías vivir, lo supe. Insistías en que todo era hermoso, pero tu sangre caía como un muro vencido. Tus ojos se apagaban detrás de ti misma. Cuando dijiste "volvamos" ya estabas muerta.

¡Qué dignidad, qué herencia! Nos prohíbes las lágrimas ahora. No nos queda otro remedio que ser hombres.

12

Debe de ser algo **distinto**. Tu alma: unos puntos de luz reunidos en el aire, una luz tibia y flotante. Algo que se aposenta en el corazón como un pájaro.

Yo la he visto sin verla, la he tocado con otras manos diferentes a éstas. Hemos hablado de algún modo que todavía no entiendo, y me ha dejado triste.

Me ha dejado triste, tirado todo el día sobre mis sueños.

## 13

Decías que una mariposa negra es el alma de un muerto. Y hace muchos días que esta mariposa no sale de la casa. Hoy temprano la he visto sobre el cristal de la ventana, aleteando oscuramente, y dije: ¡quién sabe! ¿Por qué no habías de ser una mariposa rociando mi casa con el callado polen de sus alas?

## 14

Tú conoces la casa, el pequeño jardín: paredes altas, estrechas, y allí arriba el cielo. La noche permanece todavía sobre la tierra y hay una claridad amenazante, diáfana, encima. La luz penetra a los árboles dormidos (hay que ver la isla de los árboles dormidos en la ciudad dormida y quieta). Se imaginan los sueños, se aprende todo. Todo está quieto, quieto el río, quieto el corazón de los hombres. Los hombres sueñan.

Amanece sobre la tierra, entre los árboles, una luz silenciosa, profunda.

Me amanece, dentro del corazón, calladamente.

Estoy cansado, profundamente cansado hasta los huesos. No tengo nada más que el reloj al que doy cuerda todos los días como me doy cuerda a mí.

Este desierto no es árido ni tremendo. En él hay gente, árboles, edificios, automóviles, trenes, banderas y jardines. ¡Y qué desolación! ¿Qué estamos haciendo tú y el Viejo y yo? Caminar sobre la tierra o subterráneamente hacia el sol, hacia la boca del fuego redondo, hacia el hoyo que se abre en el cielo entre las constelaciones.

El espasmo del día, el corazón detenido de la noche, todo es igual, ay, todo es la muerte, la gran serpiente ciega arrastrándose interminablemente.

“Cuando reviva mi abuelita, voy a acusar a Julio con ella”, me dio a entender la Pipi hoy en su media lengua. ¿Veldá, papá?

—Sí, hijita. Cuando reviva tu abuelita le va a dar unas nalgadas a Julio para que no te moleste.

Y me quedé pensando que todavía no es posible. Son los meses de frío. Habrá que esperar la primavera para que nazcas de la amorosa tierra, bajo los árboles luminosos, en el aire limpio.

17

Lloverás en el tiempo de lluvia,  
 harás calor en el verano,  
 harás frío en el atardecer.  
 Volverás a morir otras mil veces.  
 Florecerás cuando todo florezca.  
 No eres nada, nadie, madre.

De nosotros quedará la misma huella,  
 la semilla del viento en el agua,  
 el esqueleto de las hojas en la tierra.  
 Sobre las rocas, el tatuaje de las sombras,  
 en el corazón de los árboles la palabra amor.

No somos nada, nadie, madre.  
 Es inútil vivir  
 pero es más inútil morir.

18

Sobre tu tumba,  
 madre, padre,  
 todo está quieto.

Mapá, te digo,  
 revancha de los huesos,  
 oscuro florecimiento,  
 encima tuyo, ahora,  
 todo está quieto.

Una piedra, unas flores,  
 el sol, la noche, el viento,  
 (¿el viento?)  
 mi corazón, el mundo,  
 todo está quieto.

19

Niña muerte, descansa  
en nuestros brazos quietos.  
En la sombra, descansa  
junto a nuestro cuerpo.

Cómete mis ojos  
para mirar adentro,  
acaba mis labios,  
mi boca, el silencio,  
bébeteme mi alma,  
bébeteme mi pecho,  
niña muerte, mía,  
que yo te mantengo.

La tierra está negra,  
mi dolor es negro.  
Vacía está mi caja,  
vacío está mi cuerpo.

Niña muerte, gota  
de rocío en mi pelo.

20

Vienen la Noche Buena  
y el Año Nuevo.  
¿Quién soy yo que me escape  
ahora de ser bueno?

Hermano mío, te saco  
el puñal de la espalda,  
y tú, que me has robado,  
déjame entrar a casa.

Vienen la noche mala  
y el año viejo,  
¡y qué cansado estás,  
qué desnudo me siento!

## 21

La casa me protege del frío nocturno, del sol del mediodía, de los árboles derribados, del viento de los huracanes, de las asechanzas del rayo, de los ríos desbordados, de los hombres y de las fieras.

Pero la casa no me protege de la muerte. ¿Por qué rendija se cuela el aire de la muerte? ¿Qué hongo de las paredes, qué sustancia ascendente del corazón de la tierra es la muerte?

¿Quién me untó la muerte en la planta de los pies el día de mi nacimiento?

## 22

¿Es que el Viejo está muerto y tú apenas recién morida? (¿Recién parida? ¿palpitante en el seno de la muerte? ¿aprendiendo a no ser? ¿deslatiendo? ¿cómo decir del que empieza a contar al revés una cuenta infinita?)

¿Es que hay flores frescas y flores marchitas en el rosal oscuro de la muerte?

¿Por qué me aflijo por ti, como si el Viejo ya fuese un experto en estas cuestiones y tú apenas una aprendiz?

¿Es que han de pasar los años para que los muertos saquen de su corazón a los intrusos? ¿Cuándo me arrojarás, tú también, de tu tumba?

23

El cráneo de mi padre ha de ser pequeño y fino. Sin dientes: se los quitaron hace tiempo. Las cuencas de los ojos no muy grandes. La frente tersa, sin daño, ascendiendo graciosamente; la herradura del maxiliar sólida, maciza.

Si pudiera ponerle unos ojos al destino le pondría los suyos, de una vez que me dijo: somos polvo.

Somos huesos un tiempo. Harina de la piedra que ha de quedarse inmóvil.

Siento que no podré morirme hasta no tener en mis manos un momento el cráneo de mi padre. Es como una cita que tenemos: lo más amado de nosotros dos.

24

Todo esto es un cuento, lo sabemos. He querido hacer un poema con tu muerte y he aquí que tengo la cabeza rota, las manos vacías. No hay poesía en la muerte. En la muerte no hay nada.

Tú me das el poema cuando te sientas a mi lado, cuando hablamos. ¡En sueños! ¿No serán los sueños sólo la parte subterránea de este río que amanece cargado de esencias? ¿No serán el momento de conocer para siempre el corazón oculto de la tierra?

¿Quién canta? El que lloró hace rato. ¿Quién va a vivir ahora? Los que estábamos muertos.

El paralítico se levanta todos los días a andar, mientras el ciego atesora la luz para siempre.

Por eso el hambriento tiene el pan, y al amoroso no lo sacia la vida.

**Juan Manuel Torres**

## Didascalias

MIÉRCOLES

El primer momento de conciencia se parece muy poco a un momento de conciencia, y yo quiero olvidar y estar seguro de que me espera la tranquilidad. Así, de ese olvidar, de esas ganas de olvidar, de ese tener ganas de olvidar, voy retornando a una conciencia de cosas que no sucederán, de miradas que ya no ordenarán, que ya no parecerán miradas, que ya no lo serán.

Pero todo esto se parece muy poco a la conciencia. Es como si de repente el mundo se hubiese vuelto de natillas, de flanes, de budines que nadie comerá porque papá enfermo se va a morir y la casa ya no será la misma casa (en un rincón del patio crecerá un nuevo limonero y una de las puertas, podrida por la lluvia, será sustituida por otra más propicia a unos ladrones que se llevarán entre otras cosas una muñeca vieja de mi hermana).

(Olvidarnos de que empezar una frase es siempre el intento de empezar la verdadera frase; la esperanza de que por esta letra, por esta palabra, se llegará por fin a alguna parte. Porque cada quien tiene sus costumbres, su manera de andar caminos. La realidad se nos presenta a pedazos y a mí me gusta elegir los menos trascendentes, aquéllos sin los cuales el rompecabezas aún puede ser armado. Y sobre todo ansío la paz de las aguas, que esto termine y se adquiera un nivel cualquiera, pero fijo, preciso, invariable, en vez de este constante sube y baja y el recuerdo de una muchacha que duerme en la otra sala echada sobre los hombros de nadie y soñando sueños que nadie recordará.) En otro lugar es la tristeza, la otra cerveza más, las furtivas miradas al reloj (¿Pero es que esto terminará algún día?), las ganas de sorprender las manecillas en una posición equivocada, aventurera, ansiosa de recorrer caminos. Es el retorno a la conciencia (¿Pero es que esto iba a ser la conciencia?) La vuelta al vértigo. Las ganas de vomitar. Es la embarcación agitada por las aguas. Son las aguas sobre las aguas y bajo las aguas. Son las aguas. El paso de tierra a tierra, de cielo a cielo, de Oostende a Dover...

Y Holanda queda atrás como un punto de reposo, como descanso, como país al que se ha de volver algún día, cuando ya se haya alcanzado la tranquilidad (¿Pero adónde no se ha de volver? ¿Cuál es el sitio del que ya estamos salvados de una vez para siempre?).

(Escribir... Buscar en las palabras la única palabra que nos está destinada... Luchar... Tener aún la esperanza... Confiar en que alguna vez...)

Tratar de encontrarle sentido a esta vida diaria a esta vida diaria a esta vida diaria. Tratar de hallar la raíz de estas imágenes. Tratar de saber cuántas muertes se ocultan tras estas precarias vidas de papel. ¿De dónde extraigo todos los fantasmas de que me rodeo? ¿Qué seres olvidados se me enredan a la pluma disfrazados de otros nombres? ¿Escribir? ¿Para

qué escribir? ¿Para qué desnudarse si en realidad esto es una mentira, un ir cubriéndose de otras ropas, de otros nombres, de otros recuerdos, un hacer imposible la desnudez, un desvestirse con las notas de una canción triste que tristemente habla de otra tristeza más triste? El cuerpo siempre queda cubierto, aunque sea de cuerpo, de cuerpo, de vergüenza, de remordimientos (o aunque fuese de muerte), de cualquier cosa, el cuerpo siempre queda cubierto, siempre el cuerpo, siempre él queda, protegido, protegido, acorazado, donde sea, aun en la cama, aun en el sueño, sobre todo en el sueño, o en el sueño...

Pero hay una historia que quiero contar, una historia que puede desarrollarse ante el espectador como una tragedia representada por títeres. Los títeres pueden ser bellos o defectuosos (mejor es comprarlos de segunda mano, pues así ya llevan un pasado en las ropas destrozadas), lo importante es que asuman su papel y que sepan convulsionarse por los diálogos que alguien indiferente les ordena. Pero la tragedia de Hamlet no está en la duda, sino en el no poder desprenderse de esa duda a la que está obligado. Quizás él mismo tendría una mejor solución para el drama, pero siguiendo las reglas del juego tiene que callar sus propias ideas y repetir las de alguien implacable que lo hace avanzar por una línea ya trazada. Pero esto no es sino una manera de decir. Hamlet no puede tener ideas. Hamlet es solamente un montón de palabras inútiles. De otra manera el drama habría terminado hace tiempo en vez de repetirse invariablemente, pasando siempre por las mismas palabras.

Nota respecto a un futuro Hamlet: permitirle al actor tomar decisiones o desenmascarar al espectro. ¿Pero para qué seguir creando títeres y títeres de títeres? ¿Para qué seguir alimentando la tragedia?

Podríamos revalorizar el espectáculo, concediendo a los personajes ese estado de ánimo, esa ilusión que algunos llaman libre albedrío y que equivale a saber que Hamlet no está condenado a la duda, sino que puede elegir cualquier otra acción o incluso la propia duda. Aunque las cosas pueden ser más simples: Si nos ubicamos en el presente sabemos que no podemos elegir nada de lo que va a ocurrir en el futuro, pues éste no existe (o si existe no tenemos ninguna prueba de él, que lo convierte en un sueño metafísico); asimismo no podemos elegir nada de lo que sucede en el presente, pues éste ya existe (y al rato ya es recuerdo) y por lo tanto está fuera de nuestra voluntad. También el pasado está fuera de nuestro alcance (¡Hola, Mónica!) Pero el pasado existe. Tenemos pruebas, recuerdos (¿Y si recordamos lo que apenas nos va a suceder?) Ahora bien, si no podemos elegir podemos haber elegido. Es posible que si ahora comemos una manzana es porque en algún momento del pasado decidimos comerla, aunque este momento de elección haya escapado de nuestra memoria y de repente nos parezca fatalista el hecho de que an-

demos a ciegas hincando el diente. Lo mismo sucede con la duda, o con el sufrimiento. Quizás en el pasado pudimos elegir otras cosas pero elegimos precisamente éstas, lo que es una prueba contundente de nuestra libertad. Así pues, somos libres en la medida en que creemos serlo, en la medida en que creemos que el pasado nos permitió elegir nos permitió elegir. La única prueba son los recuerdos. Y los recuerdos pueden crearse a base de voluntad, de muchas ganas. De esta manera Hamlet puede recordar que alguna vez fue su propio autor y se eligió todas las palabras que ahora le toca decir y que él dice no porque estén ahí, colgando en el aire y porque alguien tenga que decirlas, sino porque en un acto de libre albedrío él decidió hacerlo (no ahora, sino hace muchos años, tantos que el tiempo ha borrado ese instante de su memoria).

También se podría crear personajes no definitivos, personajes que en un momento dado pudiesen lo mismo responder "sí" o "no" o "quién sabe". Se podría por ejemplo escribir las tres respuestas y pedirle al lector que tachase dos de ellas, o las que quisiera, o que bien escribiera una nueva respuesta, por ejemplo: las mariposas están cada vez más gordas. También sería una solución escribir una obra que comprendiese todas las posibilidades para que este mismo lector (de acuerdo a su propio gusto o al azar) arrancase páginas enteras, dejando únicamente los fragmentos que más le interesasen para a su vez componer otra obra más modesta, es cierto, pero más de acuerdo con sus sueños y esperanzas.

A la manera de este lector enfrente yo las cosas que escribo. Separo del mundo solamente unas cuantas miradas, las que me son más cercanas, y trato de componerlas sin preocuparme mayormente del sentido. Sé que de esta manera no se puede ir muy lejos. ¿Pero quién ha dicho que yo quiero ir lejos? Lo único que deseo es jugar con estas miradas, con estos recuerdos, unos cuantos, muy pocos, demasiado pocos, cada vez menos, pif, paf, se acabaron, como si fueran piezas de un reloj descompuesto incapaces de reintegrarse a los cauces del tiempo, pero aún suficientes para componer mecanismos destinados a matar el tiempo, el tedio del tiempo, la desilusión: cochecitos de cuerda, máquinas de vapor, tric, tric, trac, aeroplanos de juguete para viajar por un minuto muerto, triturado por los engranajes de este reloj, de estas piezas que torpemente manejan mis manos, estos cinco recuerdos que desesperadamente combino de todas las maneras posibles para formarme la ilusión de que fueron más ricos y de que realmente algún día tuvieron algún significado.

Pero si esto es la vuelta a la conciencia entonces la conciencia debe ser algo terrible. ¿Terminará por fin este continuo bamboleo? ¿Nos llegará por fin la calma? ¿La calma? ¿Podemos estar seguros de que existe la calma? ¿Pero por qué busco la calma? ¿De qué infiernos terribles voy de huida?

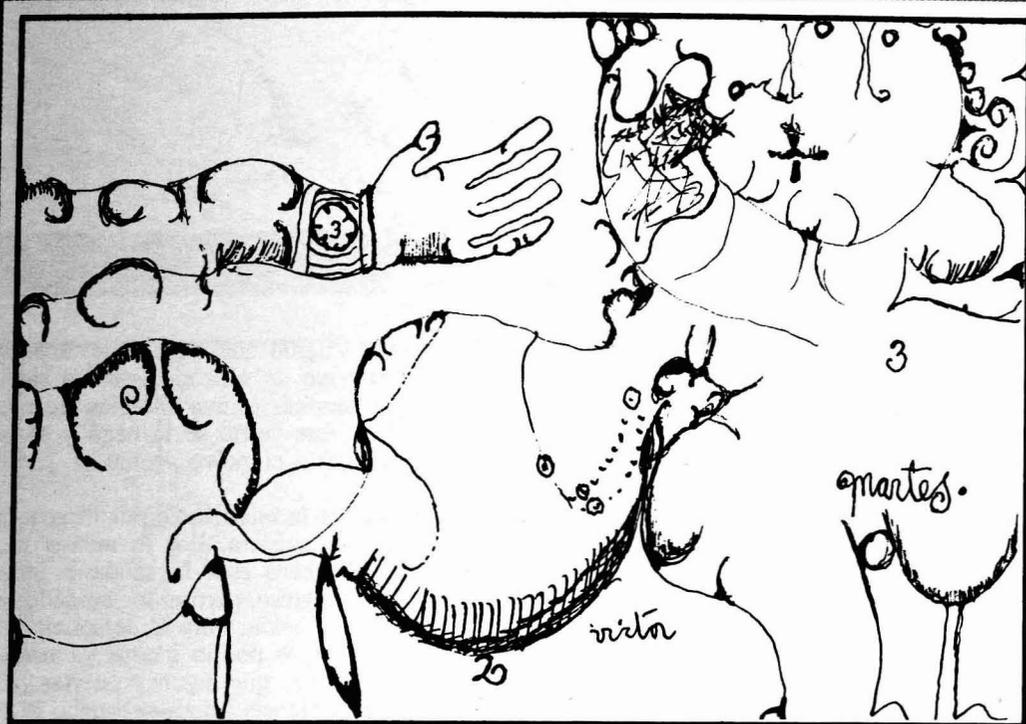
Aquello ha quedado atrás. Pero no del todo. Veamos tres versiones de infiernos y elijamos una de ellas:

*Versión primera.* El amor (ver *El viaje*).

*Versión segunda.* La guerra. Estoy cargado de guerra, hastiado de guerra, chorreo por todas partes una guerra que me pasó de lejos en la infancia y que ahora, en los años maduros, me ha empezado a lanzar sus cañonazos desde los obsesivos recuerdos de otros hombres que no saben hablarme de otra cosa. La guerra. Años en que se fue salvaje, en que se desconfió de todo, en que los valores que habían ido formándose dejaron de ser válidos. Mantenerse a flote, seguir vivo no importa a costa de cuántas muertes. La muerte ajena no es fundamental, es sólo un accidente, una casualidad. La única muerte verdaderamente importante es la propia, por eso hay que evitarla a como dé lugar. Si el mundo se ha vuelto loco no vale entonces la pena sacrificarse por el mundo. Hay que intentar salvar lo que queda de orden, lo que no se ha perdido totalmente en el caos, o sea la conciencia. Esto es lo único que vale la pena salvar, pero para esto hay que evitar la muerte. Evitar la muerte a como dé lugar. Sobre todo a través de la muerte de otros hombres. Cada muerte ajena apuntala mi propia vida. Cada agonizar me confirma. Entre más muertos estén los otros más vivo estoy yo. La vida propia es directamente proporcional a la muerte de los demás. Bendita sea la otra muerte. Viva la afirmación de la propia vida, del propio pedazo de pan, del propio dolor de pies, del propio amor; porque incluso en un mundo así se habla de amor, se cree en el amor, absurdamente se tiene confianza en que el amor es la única salvación ante la muerte, cuando debería ser todo lo contrario, cuando el amor nos debería llevar a ella a través de la vergüenza de estar arrebatando el pan ajeno. Pero por el momento se trata de sobrevivir, si se desea poner en duda este mundo hay que persistir, salvarse a como dé lugar para dar testimonio, no importa que la salvación individual pueda realizarse solamente al precio de miles de muertes. Lo importante es el testimonio (se piensa), y de esta manera se tiene una justificación para seguir participando en el crimen; porque huir del crimen es justificar su razón de ser, es aprobarlo, es darle un lugar en el mundo. Pero estos son razonamientos *a posteriori* y no pueden tener validez durante los años de desorden. En esa época el instinto dice otra cosa: sobrevivir hasta mañana, hasta el próximo sol, para entonces, después del descanso nocturno, bueno o malo pero descanso, tener fuerzas para soportar un día más, sólo un día más, no importa cuál sea el precio que los otros deban pagar. . .

Éste puede ser uno de los infiernos, aunque el verdadero infierno esté quizás al fin de la guerra, cuando las normas morales vuelven a funcionar, cuando retorna el "no matarás" y por más que se quiera no surge el "no recordarás".

*Versión tercera.* La locura. La última vez que el personaje ve a Mónica es en un sanatorio de enfermedades mentales. La última vez que el personaje vio a Mónica fue en un sanatorio de enfermedades mentales. La última vez que vi a Mónica



fue en un sanatorio de enfermedades mentales. Supe que había tratado de suicidarse con una fuerte dosis de barbitúricos y que a resultado de una sicosis provocada por el envenenamiento y que a resultado de una sicosis provocada por el envenenamiento y por el antídoto dado en cantidad excesiva, como quien quiere que un clavo saque a otro clavo, internada en una clínica de Cracovia y transportada después a Lodz en una ambulancia aérea y ésa —dijo Mónica— fue la primera vez que anduve en las alturas y me hizo gracia que una cosa tan frágil fuera capaz de sentirse avión pero eso fue lo que pensé que si algo tan frágil lo más absurdo te digo porque nunca se me ocurrió que terminaría en uno de estos hospitales mejor hubiera sido en un burdel mejor en un burdel cien veces o muchas más porque aquí diga lo que diga lo que diga lo que diga siempre piensan que estoy delirando y es una lástima que tú y yo se descompuso el cochecito porque quizá hasta hubiéramos sido felices aunque quién sabe ya ves dónde he venido a parar ya ves que el amor como las personas decentes siempre acaba en la cárcel —dijiste Mónica.

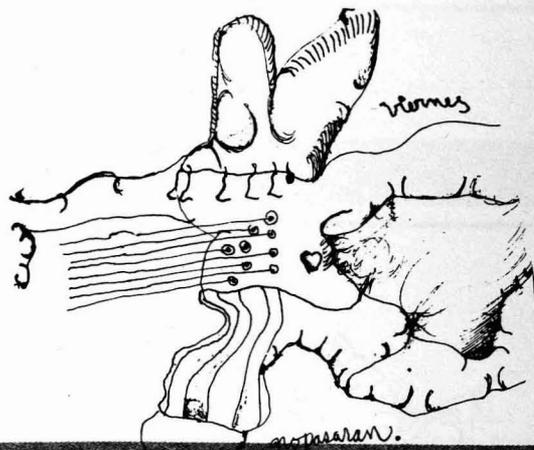
Y yo no supe qué replicarte porque estaba pensando en otras cosas. Pensaba que durante un largo tiempo nuestros diálogos serían dos monólogos dichos uno al lado del otro, que nunca sabríamos si nuestros momentos de lucidez coincidían, que quizá a la hora en que yo te hablase más en serio tú andarías galopando por otros desvaríos, o a la inversa. Estábamos condenados a ser dos frutas dejadas sobre el plato, cada una pudriéndose por su propia cuenta, ajena a la tragedia de la otra, aunque nadie iba a decir he ahí una fruta y otra fruta,

sino que cada quien diría dos frutas, creyendo que la palabra dos era capaz de derrotar la soledad y el pudrimiento. Y así fue. Y así fue nuestra locura, una soledad llena de soledad, unas tardes paseando por el jardín de aquel hospital de aquel hospital para que todos nos viesan y pensasen que la razón de nuestra locura era el amor que nos teníamos, pues tanto quema el incendio como la falta de incendio y tanta sed da el agua como la falta de agua.

Estas son las tres versiones que yo propongo. El lector puede anotar otras tantas y dejar después que un golpe de dados decida el pasado de nuestro personaje. Entre tanto, volvamos a él, quien a medida que va emborrachándose en el bar del barco que lo lleva a Inglaterra (¿Por qué a Inglaterra?), va recobrando la conciencia, la furiosa conciencia, mientras a su alrededor sigue creciendo la noche y la más grande de las calmas...

#### VIERNES

¿Pero qué es lo perdido? ¿De qué sitios, de qué rostros, he logrado escapar, si es que este morir, esta orfandad cada vez mayor, puede llamarse escapatoria? Lo primero, lo aparentemente fundamental, lo que me duele en los momentos de tristeza elaborada a la fuerza, es la infancia perdida, es la infancia no perdida ahora sino absurdamente perdida en la infancia, al principio del viaje, cuando abandonamos la tierra del encuentro de mis padres para ir a aquel pequeño El Dorado donde entonces alumbraba la promesa de una vida mejor.



A partir de ese primer viaje, de esa primera renuncia a la propia tranquilidad, El Dorado ha ido cambiando de nombre continuamente, desplazándose en una geografía cada vez más lejana y en una desesperanza cada vez más desesperanza; pero ya nunca, aunque al final logre alcanzar el paraíso, me será dado recuperar aquellas aventuras que no pude vivir.

Me preparo ahora para el recuerdo y quisiera que aquello fuese un poco selva, pero ¡qué va a ser!; apariencias nada más, ilustraciones de un cofre encerrador de sorpresas, las fotos de los abuelos en una edad imposible, sonrientes junto al río (el río es otra de las palabras sagradas con las que quizá algún día —cuando las haya encontrado todas— escribiré la verdadera frase, el ábrete sésamo que me está destinado, si es que acaso me está destinado algún ábrete sésamo).

La infancia del personaje: en una ciudad recién nacida de largas calles de arena; más allá el mar, junto al río, un barco varado y otro más que siempre se aleja y una hermana buena que casi es el aire y la brisa y la tristeza de un domingo más que se ha acabado. Llegaremos a la casa y los plátanos fritos mezclarán sus chirridos a los extraños cuentos del tío Joaquín. Y todos haciéndole círculo, llenándonos de espanto con aquellas terribles historias de peines que se convertían en bosques malignos y espejos en que se ahogaban las tropas de los perseguidores. Y la muerte sentada junto a él, que como Schezrada en pantalones de mezclilla trataba de alargar su vida un día más. Pero alguien llora. Siempre hay alguien que llora, aun cuando uno no lo sepa. Las lágrimas se cuelan a cada historia, terminan siempre por imponerse en algún par de ojos. Quien lloraba era el hijo menor de los vecinos. Había visto de pronto que la muerte empezaba a dedicarle todas sus miradas.

Se puede además hablar un poco de la primera ciudad, del origen, de su barrio chino, de su olor a ron y a petróleo y a tulipanes. Luego estaban las lagunas —charcos de agua podrida— donde Güicho trataba de abrimme la fantasía. Pero esto es para mí lo incomprendible, lo dejado atrás, la felicidad a la que no pude volver pese a que siempre me guiaba un Virgilio para quien todas esas cosas eran naturales y quien veía más allá de lo que yo veía con los ojos. Él lo sabía todo. Incluso cuando sobre el verde tapete me enseñaba el misterio de las bolas de billar con sus carreritas de gato, trataba siempre de abrir ante mí nuevos cielos, beatrices que yo no atinaba a intuir, pese a que las evidencias rodaban de un lado a otro de la mesa mientras un coime viejo nos echaba la primera mirada del odio.

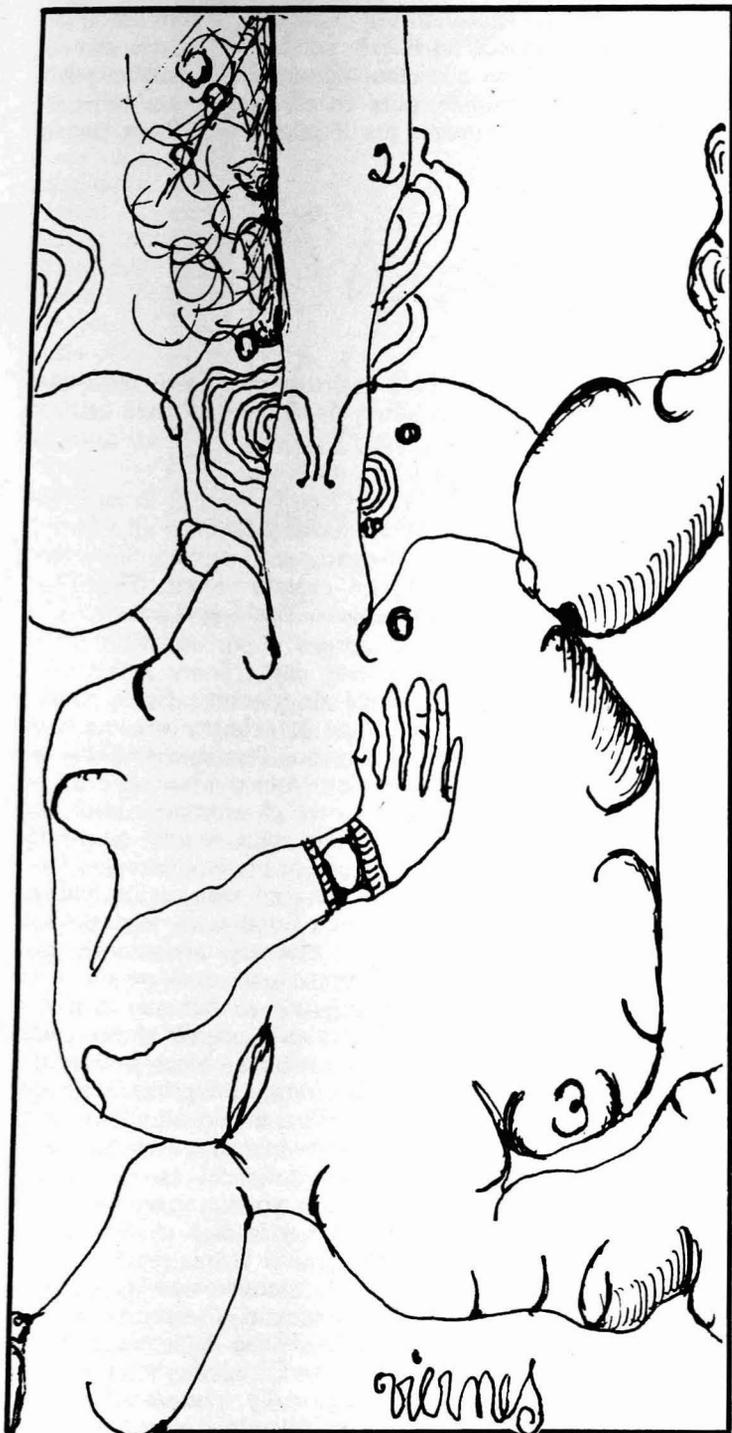
Virgilio fue siempre fiel, siempre Virgilio; pero después de mi renuncia (de la renuncia obligada por mis padres), el regreso me estaba prohibido y lo más que yo lograba era romperme las narices contra la puerta por la que Virgilio pasaba tranquilamente, sin sentirla siquiera. Yo incluso no podía aprenderme de memoria todos aquellos nombres de las

cosas que Virgilio iba develando ante mí. Él era el único elegido, el reino de esos cielos había sido hecho sólo para él. Y aunque después estuvo también ausente del lugar durante varios años, éste ya no se le negó y al regreso lo recibió sin siquiera quitarle el polvo, como si jamás hubiese salido de casa.

Como se ve la infancia es por lo general menos complicada de lo que se quisiera. Por lo menos la infancia de nuestro personaje. Primero está la salida e inmediatamente después el intento de regreso, pero ni los cuidados de un Virgilio logran romper la separación. Para el personaje las puertas del paraíso ya no son ésas, o por lo menos ya no son ésas las que han de abrirsele, si es que algunas puertas han de abrirsele algún día. Con una infancia así no es mucho lo que nuestro personaje puede lograr; pero no podemos darle a nadie una infancia mejor de la que a nosotros mismos nos fue dada algún día. Volvamos pues a ese personaje de treinta años que desembarca en Dover como si tuviera cuarenta. Se llama de alguna otra manera, a mí me gustaría llamarlo Ulises (de todos modos, si es otro quien se decide a escribir esta novela puede llamarlo como quiera, incluso Torres). El personaje pues se llama Ulises (o Juan Manuel Torres) y está volviendo a la conciencia. Toma un lugar en el tren y espera a que aparezca Londres.

Mientras tanto vuelve a leer un pasaje de Grigia: “No hace mucho, más o menos durante los últimos quince años, cierto campesino volvió a su casa y al lecho de su esposa después de una larga estancia en América. Durante un tiempo se alegraron de estar otra vez juntos y vivieron felices, hasta acabar con los últimos ahorros de la mujer. Como el dinero que debía recibir de América seguía sin llegar, el campesino tomó sus cosas y —como todos en esa región— empezó a trabajar de buhonero, dejando a su esposa sola en casa. Pero el campesino ya no volvió. Poco tiempo después llegó a otra casa el esposo que volvía de América, le dijo exactamente a su esposa cuándo había salido de casa y le pidió que le hiciera de comer lo mismo que había comido el día de la despedida. Recordaba aún una vaca que hacía tiempo ya no existía y trataba muy bien a los hijos que le había dado otro cielo que aquél bajo el que había vivido en los últimos años. Pero también este campesino, después de una corta temporada de vida cómoda y abundante, salió al camino como buhonero y no volvió nunca más. Lo mismo sucedió en esa región por vez tercera y cuarta, hasta que las mujeres se dieron cuenta de que el campesino era un estafador...”

Para Ulises este pasaje es fundamental y por eso ha de leerlo siempre que crea estar llegando a comprender los verdaderos engranajes de las relaciones humanas. Pero esto quiere decir que en el tren, rumbo a Londres, también piensa comprender algo de las relaciones humanas. Y efectivamente algo entiende, pero este algo es un fuego ilusorio que en seguida se apaga bajo



el soplo de la corriente de aire que entra por la ventanilla. Pero eso quiere decir que el tren está en marcha. Ulises llegará a Londres y lo primero que hará será buscar a Alfredo. Irán a cenar a un cafecito de Earl's Court Street y durante todo el tiempo, como para identificarse, irán confrontando los recuerdos y ambos se sorprenderán viendo cuán importantes resultan ahora para ellos Lucrecio y Mejorina, así como los amores de ésta con un ángel de la prostitución que tenía sus alas en el Bristol.

—Pero eso no fue amor (o quizá: Ni siquiera a Lucrecio lo quiso así) (o quizá otra cosa, cualquier cosa) —dirá Alfredo.

(O quizá no dirá nada. O quizá dirá lo más terrible, la frase que Ulises ya no quiere oír, pues la ha encontrado en todos los andenes de todas las ciudades a las que ha llegado en su viaje hacia Itaca). Sí, es posible que los recuerdos de Alfredo empiecen a indicarle otro nombre oculto bajo su simple nombre de Alfredo. Serán muchísimas las posibilidades. Pero la única terrible, amenazante, peligrosa, será la posibilidad de que Alfredo descubra en sí al Telémaco de siempre, al que entre néstores de cantina y menelaos de muerte ha andado buscando la sombra de Ulises. Pero esto no es posible. ¿Pero por qué no habría de serlo? Todas las posibilidades son posibles. ¿Y qué es una posibilidad? Posibilidad es todo hecho que no ocurre —pero que puede ocurrir—, todo lo que se queda en el cesto de las gestaciones, en la canasta de los sueños. Pues lo que efectivamente sucede se vuelve realidad y deja por lo tanto de ser posible para convertirse en factum. O sea que la realidad es lo único que no es posible —aunque alguna vez lo haya sido—, o sea que la realidad es lo único concreto, lo único imposible. ¿Entonces? Lo que a nosotros nos interesa no es lo real, sino precisamente lo que queda en el cesto de las gestaciones, de las posibilidades. Ése es el material con que queremos armar las tramas de nuestro mundo. Lo importante no es lo que sucede, sino lo que no sucede, lo que podría haber sucedido, ese enjambre, esa maraña de acontecimientos fetales, embrionarios, que piden a gritos ser traídos a la vida, que exigen una oportunidad para contribuir a la pequeña historia, pero en cada golpe de dados hay combinaciones frustradas que podrían cambiar la suerte, pero es que incluso si se lanza una moneda al águila o sol y triunfa el águila no se debe olvidar que al otro lado, untado al barro, hay un sol derrotado que alumbrá negramente otros mundos en que quizá alguien ha lanzado también una moneda al aire y ahora mira ese sol que si aquí pierde allá gana. Y así pues, entre tantas posibilidades, entre tantas cosas que se quedan sin suceder, no podemos estar seguros de que la única realidad sea ésta, porque ¿quién nos asegura que esos seres ansiosos de vida no forman para sí una especie de caricatura de vida, de sucedáneo, de algo extra, colocado a las orillas, algo que les haga creer por un momento en la realidad de su

realidad? ¿Y si somos nosotros los que formamos una anti-realidad, si somos el otro lado del espejo?

Recuerdo ahora una proposición que Elías Denech me hizo en Sarayevo. Su teoría era más o menos la siguiente: "Si alguien duda entre beber una copa de vino blanco o tinto y elige por fin éste último, es fácil suponer que para guardar el equilibrio en otro planeta, digamos en un planeta B, alguien al mismo tiempo elija el vino blanco. Pero con esto sólo se lograría un equilibrio muy superficial, pues las posibilidades aún no están agotadas, así que forzosamente, para seguir por este camino, debe haber un planeta C donde alguien elija un vaso de agua y un Planeta D donde se elija la sed. Pero los planetas deben ser infinitos, así como las posibilidades, y de esta manera todo en alguna parte se realiza e incluso por ahí debe haber una Desdémona celosa que ahogue con una almohada a un Oteló candoroso o que le diga a Hamlet retírate a un convento."

Si esta teoría es cierta, Alfredo bien puede callar que es Telémaco. No importa. En otro mundo estará confesando a gritos esta verdad. Y todo lo que sucede a cualquier Ulises afecta a este Ulises londinense que se resiste a admitir ser solamente la persona que es, sino que toma para sí todos los pecados, pues sabe que no es él quien nos importa, sino su lugar geométrico, su punto en el espacio, su personaje y no su persona, pues ésta es sólo contingencia. A manera de prueba, Ulises puede citar a Alfredo el pasaje de Grigia. Pero Alfredo no querrá oírlo, pues se hallará demasiado fatigado y lo único que hará antes de irse a dormir será entregarle a Ulises el paquete con las cartas de Sorgen y un cuadro chino hecho pedazos.

#### LUNES

Pero antes de seguir adelante quiero volver al problema de los planetas y las posibilidades. Estuve hablando con Emilio sobre el asunto y él cree ver en esto uno de los mayores actos de fraternidad que cada quien pueda tener para consigo mismo. Imagínate, me dice, qué genial manera de no sentirme solo cuando por la noche tome mi taza de tilo para los nervios. Sabré que en ese mismo instante una infinita cantidad de Emilios debe en todos los planetas posibles una serie interminable de líquidos que van desde los vinos mejores hasta la última gota de la cantimplora. Ese será el mejor brindis, el más lleno de hermanos. Aunque lo triste, añadió poniéndose repentinamente sombrío, lo verdaderamente triste es que en algunos de esos planetas algunos de los Emilios estarán forzosamente apurando la cicuta y el arsénico en la leche. Así, a cada taza de tila iremos quedando menos. Pero quiero suponer que no obstante todos de algún extraño modo seguiremos viviendo hasta que no haya muerto el último de los Emilios.

Para seguir aprovechando este paréntesis, quiero anotar que Emilio —quien conoce mi interés por todo lo relacionado con el ojo— me ha dicho que etimológicamente la palabra pupila viene del francés *poupée*, pues en ella nos vemos reflejados como muñecos. Seguramente por lo mismo se la llama también "niña del ojo".

#### MARTES

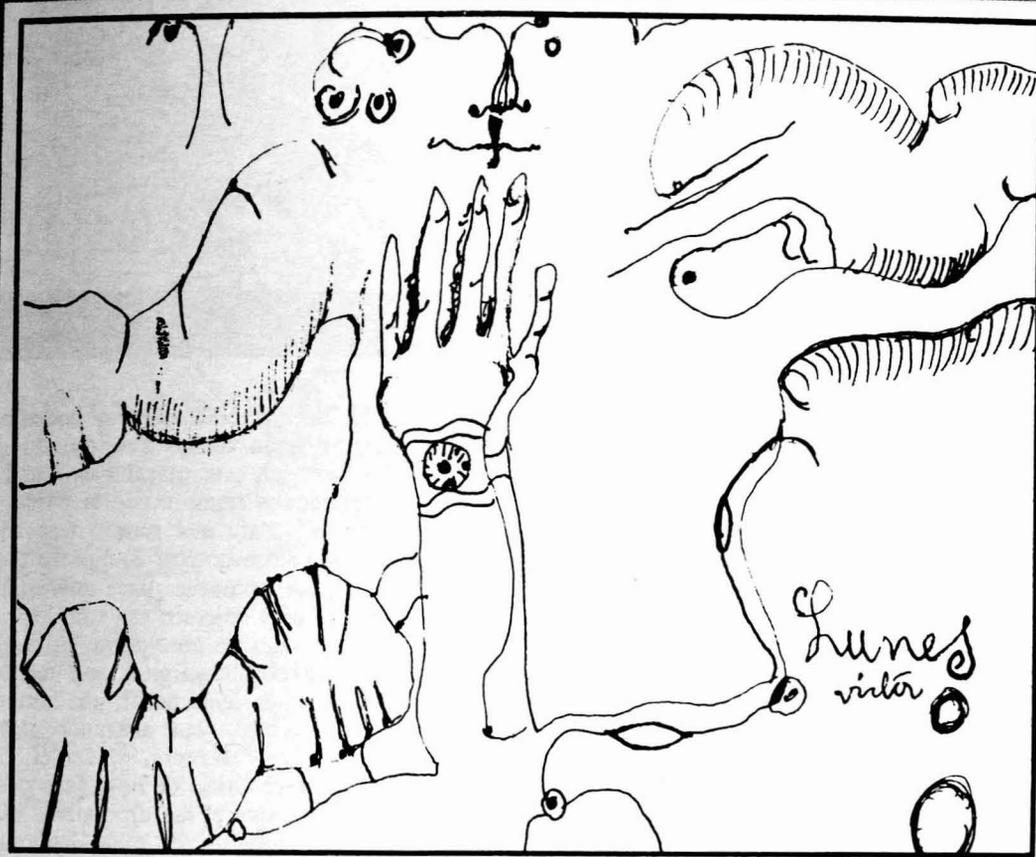
Hoy descanso: Helena.

#### MIÉRCOLES

... el pasaje de Grigia. Pero Alfredo no querrá oírlo, pues se hallará demasiado fatigado y lo único que hará antes de irse a dormir será entregarme el paquete con las cartas de Sorgen y un cuadro chino hecho pedazos.

"Eso es lo que más me importa en la vida, te lo juro. Esas cartas y las fotos de mi abuela que se hallan en un álbum de pastas doradas. Sálvalas del desastre, te lo suplico. Salva todos mis papeles y tráelos a México cuando vengas. Entre otras cosas encontrarás un cuadro chino. Tíralo al Támesis."

Así empezaba la carta de Sorgen y por eso vine a Londres. Ahora estoy solo en este café, donde clandestinamente he comprado una botella de ginebra. Es la primera vez que estoy en esta ciudad. Es la primera vez que estoy tranquilo desde hace mucho tiempo. Pero me hubiera gustado que todo esto sucediese en Atenas. No sé por qué, pero siempre creí que Atenas sería el escenario ideal para lo que va a ocurrir. Porque sé lo que va a ocurrir, pues nunca me ha ocurrido nada que no hubiese podido prever. Y esto lo había previsto desde siempre, pues mi vida es una vida sin sorpresas; aunque no del todo, pues Londres es algo inesperado, ya que lo que yo quería como escenario era Atenas, quizá porque no he estado o quizá porque no estaré nunca en esa ciudad. Había pensado en un bar que se llamaría "Itaca" o "Itacaxtlán". Pero lo que yo quería va a ocurrir ahora en otra ciudad y en otro bar. Ya están todas las luces instaladas y las decoraciones armadas. Ya ha sonado la primera llamada y los actores del drama están terminando de maquillarse. Yo estoy sentado en primera fila, mirando las suaves ondulaciones del telón y observando el programa del espectáculo que habrá de desarrollarse, mientras que yo me apuro también a maquillarme y lustrarme los zapatos y le digo a yo que salga un momento para que yo pueda tirar el té que me han puesto en la botella y suplicarle a yo un poco de whisky, que será lo único auténtico de lo que va a ocurrir. Y entonces se escucha la segunda llamada. Y una muchacha de tercera fila quisiera llamarse Nausicaa (pero se llama Molly). Y aquella otra (también Molly) quisiera parecerse a Ty, porque el rostro de Ty está en todas partes, presidiendo la desesperación del año



en que vivimos. ¿Dijiste la desesperación? ¿Tienes algunas pruebas para hablar de la desesperación? No, en realidad estos son días felices. La infelicidad ha quedado atrás. El drama que ahora representamos está lleno de felicidad. Para ser felices hay que sonreír. Y nada más fácil que la sonrisa, esta dolorosa contracción de los músculos, esta mueca, este rictus, este grito mudo, ahogado, ahorcado, fusilado, esta sonrisa, ¿así está bien?, estira más el labio superior, límpiame la sangre, ¿te acuerdas de Lacrita?, la pobre, dicen que llegó a Londres toda entusiasmada y lo primero que le dijeron fue que había llegado tarde a la fiesta, que ya todas sus flores estaban marchitas y que sus lágrimas pintadas estaban bien para Querétaro. Ahora la pobre escribe versos tristes en un periódico de provincia y borrona a Sorgen largas cartas donde le relata sus paseos nocturnos, sola, volviéndose vieja, quedándose soltera, con la esperanza de que algún muchacho del barrio le diga una leperada y la obligue a imaginarse cosas que ella quisiera imaginar aunque no quisiera imaginar, pues la soledad le ha aplacado los caballitos del sexo y ahora cuando mucho dispone de unas cuantas ranas y dos dromedarios que vio hace poco en un libro de fotografías del desierto. Por lo menos eso le escribe a Sorgen. Me dio gusto haber encontrado sus cartas tan a mano, tan a la superficie de todos esos recuerdos que para Sorgen significan tanto y que para mí son apenas objeto de curiosidad, algo que bien puedo tirar a un bote de basura sin que en el mundo suceda nada, sin que en el mundo, sin que suceda, sin que nada, sin la menor pérdida, las cartas de Lacrita bobas y sentimentalonas. Las cartas de Lacrita

bobas y sentimentalonas se me aparecieron de pronto como una salvación. Si así eran todas las demás cartas, si así era el vellón de oro que Sorgen me había mandado a buscar, si así era mi destino, el fin de mi viaje, entonces (dando las gracias a Palas Atenea) había que interpretar esto como una buena señal de los dioses, como una broma, un guiño, una mueca, una alegría, un rictus que me indicaba claramente que ya todos los infiernos habían quedado atrás y que ya todos los cíclopes habían sido vencidos.

Como rejuvenecido y terriblemente bello salí al sol de la calle y me dispuse a probar la buena voluntad de los dioses.

Durante todo ese hermosísimo día logré robar en no sé cuántos almacenes 5 camisas, 17 pares de medias, 2 aparatos de radio, un paquetito de preservativos azules, 8 emparedados, un zapato negro y otro casi negro (los dos del pie derecho), un bolso de mujer, varios pañuelos y una lata de sardinas yugoslavas que después una mano afanosa me robó en el metro. De esta manera supe que los dioses estaban de mi parte y me senté a dormir en una butaca de cine donde frente a mis ojos cerradísimos caían y caían las bombas sobre los sembrados de arroz y dos muchachas jóvenes (que quizá no habían besado varón) corrían hacia un agua (que no había) locamente incendiadas por la furia del napalm... Y luego un saxofón negro empezó a hablar de una azotea de Nueva York y sobre nosotros pasó volando un avión y empecé a sentirme cada vez más lleno de paz y más desesperado y más con ganas de no haber salido nunca de casa o de no tener que volver a ella —se diría Ulises—, pero eso sería absurdo... Pero eso

sería absurdo porque significaría la muerte de Telémaco, aunque ¿cuántos Telémacos hay? ¿Cuántos Telémacos? Eso lo sabría mejor Alfredo que en el mendigo no había sabido (o no había querido) reconocer al padre. Y así Ulises (¿quizá sería mejor encontrarle otro nombre?) llega a Londres (por ejemplo: Juan Manuel Torres) y va a cenar con Alfredo a un café de Earl's Court Street. Pero podrías haber llegado a Atenas, encontrar a Orlando y cenar en el bar "Itaca" donde Orlando le entregaría un paquete con las cartas de Rafful y pese a todo la historia sería la misma y lo que va a suceder sucedería de todas maneras y lo mismo vendría el robo y el sueño acurrucado en una butaca de cine donde también caerían las bombas y donde tampoco habría el agua capaz de apagar a esas muchachas y donde también el jazz y los aviones y la paz y la desesperación y lo demás y todo lo demás, de la misma manera que en todos los teatros del mundo Orestes se venga de Egipto y Clitemnestra, ya sea en Varsovia, en Hiroshima, en San Francisco, en Nepal, en Dubrovnik, en Bogotá, en donde sea, en Bruselas, Berlín, Amsterdam, Trieste, Jalapa, Copenhague, Malmo, Budapest o Chichén Itzá; de la misma manera que sus rasgos van cambiando y unas veces tiene los cabellos negrísimo y otras es tan rubio como lo sería ahora el hijo de Ingrid si no se hubiera muerto... Lo importante no es pues el escenario ni la forma de los personajes ni el color de los vestidos, sino tan sólo la trama de la historia, lo que ha de repetirse, lo que ya se ha dicho millones de veces y que ha de volverse a decir aunque no haya nadie que quiera oír estas palabras, ni decirlas; incluso aunque no haya palabras, las bolas de billar se echarán a andar e irán repitiendo sus choques, las relaciones marcadas, los encuentros y desencuentros, las caídas... Lo único que queda es el esqueleto de la historia (y quizá la diluida visión de una silueta de muchacha), la armazón sobre la que cada quien irá poniendo sus propios ojos y el nombre escrito en el pasaporte. Pero esto es muy poco. Y por eso no logramos adueñarnos de nada y por eso todo va quedándose tan vacío, tan carente, tan inútil, tan inútilmente inútil, y por eso repetimos y repetimos gestos que no son los nuestros, que no pueden serlo porque nada puede ser nuestro, moviendo los brazos, agitándolos, como si fuesen escombros movidos por un viento atroz o como si estuvieran llenos de hormigas o galfarros sin ojos que temen echarse a volar en la oscuridad que brota de sus alas y que va aumentando la noche, volviéndola más noche y menos noche, mientras que alrededor, por todas partes, sigue aumentando el vano y absurdo desconcierto que entre penas y lástimas acoge cada día nuestro, cada desesperanza, cada enorme y loca felicidad...

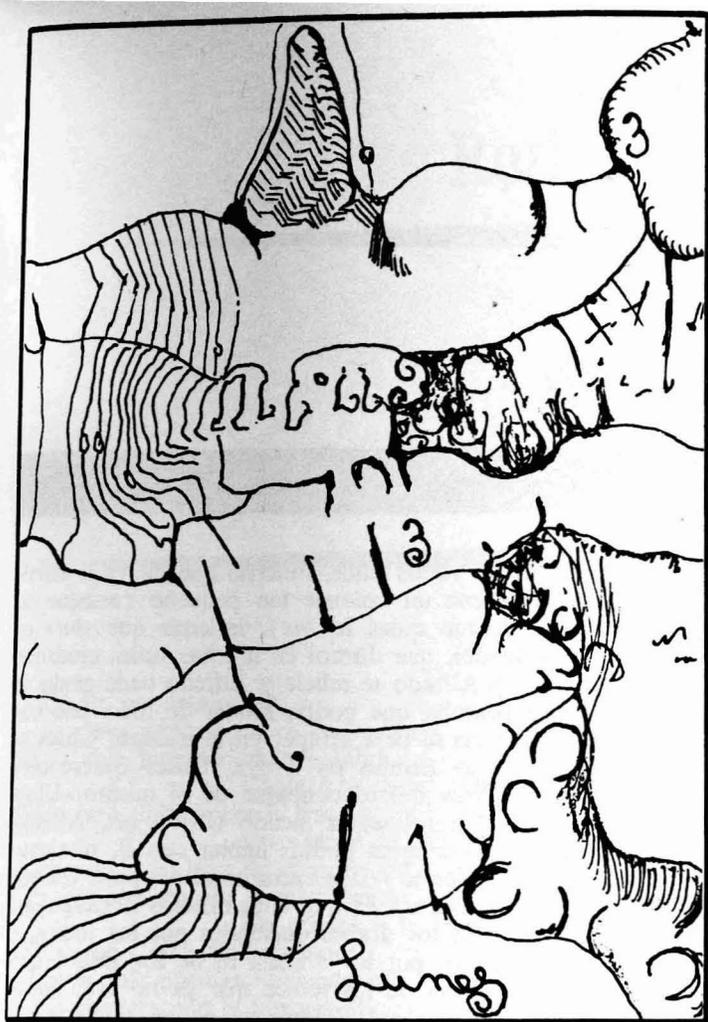
#### VIERNES

Sí, encerrados en esta maraña de gestos ajenos, usados, gasta-

dos, maraña de palabras que no podemos callar porque de todas maneras serán dichas aun cuando nuestras bocas pretendan rebelarse, en esta maraña de nada, de maraña de marañas, golpeándonos siempre con la pared, ¿y para qué todo?, ¿adónde vamos? ¿Para qué somos necesarios si la tragedia se desarrollará aun sin nosotros? Si nuestro papel puede ser actuado por cualquiera, entonces ¿para qué estamos aquí? Borremos todos los nombres y dejemos tan sólo los puntos en el espacio, las estrellas que han de configurar las constelaciones de siempre, aunque las constelaciones sean tan sólo una apariencia de estabilidad, pues lentamente, madurando sus sueños, van cambiando de formas, van alterando el rostro que parecían haber recibido para siempre, y así el Orión de ayer poco tiene que ver con el Orión de hoy, pero pese a todas sus transformaciones —aunque el día de mañana tome la forma de una vaca o de unos zapatitos de niña— habrá algo de lo que no podrá desprenderse, algo que no podrá cambiar ni echar a un lado, o sea su nombre: Orión. Y así aun esforzándose por parecer mariposa su esencia seguirá siendo oriónica y por lo tanto y pese a sus formas tendrá que ser Orión y comportarse como tal (aunque sea Orión disfrazado de manos enojadas), porque una vez que un objeto ha sido nombrado —una montaña, una rosa, un poco de polvo, un pez— ya no puede desprenderse de su nombre (el que viene tras mí bautizará con fuego, pero el que vino antes bautizó con la palabra), porque el nombre es la esencia, la identidad, el ser primario, lo que no se puede cambiar aun a través de otros nombres, pues aunque una gota de agua sea nombrada varias veces, ella ya sólo responderá al nombre primero y los otros serán sólo máscaras, accesorios, maneras de hablar, compromisos, ganas de entrar en contacto sin entrar en contacto, las puras ganas; así Ulises seguirá siendo Ulises, por fidelidad a su nombre, no importa que carezca de rostro o que tome formas provisionales, no importa incluso que en el juego de las constelaciones los puntos interrelativos de su drama hayan ido cambiando de sitio o de hora, él seguirá siendo Ulises, seguirá conservando la misma esencia, el mismo nombre, el mismo Ulises, y en el laberinto de las nuevas formas irá buscando los viejos caminos que lo llevarán una vez más a dar muerte a los pretendientes. ¿Pero en dónde están los pretendientes?

#### LUNES

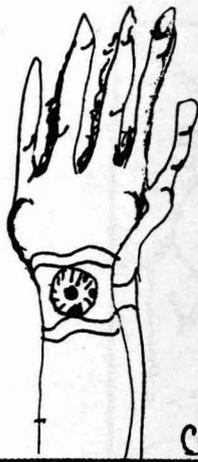
Londres. Una tarde como para tocarla con los dedos. Ulises abandona el sueño con que los dioses le cerraron los ojos y entra a otro sueño aún más sueño. Envuelto repentinamente entre olores de ojos y ruidos de ranas vomitadoras sale corriendo hacia nada en busca de una tranquilidad que nunca va a tener. Desesperado entra en un bar y mientras recuerda (y mientras trata de no recordar) la mirada aterrada con que Alina lo vio irse (irse) empieza a beber una larga hilera de



copas que va alineando en su imaginación para cubrir con ellas ese rostro, esas manos crispadas —o quizá desmayadas— y ese grito que quizá era una sonrisa o la vecina que le daba los buenos días al apóstol. Pero la ebriedad no es una cosa tan sencilla, no es algo que pueda evocarse a fuerza de alcohol o mañas; para estar ebrio se necesita un signo, un movimiento mágico que indique que ha llegado el momento de embriagarse y entonces el alcohol es un pretexto, una parte del ritual necesario para llegar a ese estado beatífico en que el hombre se encuentra en comunión con Dios. Y para Ulises aún no había llegado el momento, porque no sería sino hasta la noche cuando le tocase saber cosas, estar cerca, tener ojos en las puntas de las uñas. Ahora tenía que quedarse con el rostro de Alina (¿Por qué estaría tan azorada? ¿A quién le temería?) y andar con él hasta que sin querer, por accidente, lo perdiese como una revista vieja abandonada en el tranvía. Lo único extraño era que en su memoria el rostro de Alina no era rostro de Alina, sino esencia de rostro de A., sin ojos, ni orejas, ni demás cosas. Pero en realidad esto no tenía nada de extraño, porque así son siempre los recuerdos, más bien palabras que imágenes, y no se mira nada con la memoria sino que se repite un nombre una y otra vez, incesantemente, con la loca esperanza de que en el horizonte aparezca un esbozo, una silueta que pueda satisfacer nuestras ganas de ver. Alina. Alina, ven al ojo. Hágase tu voluntad así en el ojo como en los ojos. ¿Pero qué pasa? ¿Ulises llora? No. Orina y ése es el ruido del agua que cae sobre la loza, un poco así como lluvia primaveral, como apagar un incendio, como beber una copa de vino con el mejor amigo para brindar por la muerte de los sucesores. Ulises orina. Orina mientras espera que llegue la noche en que sucederán cosas. Ulises orina y esto es extraordinario, importante, algo que debería llenarnos de alegría, pues significa que Ulises es bueno, magnánimo, fraternal, ya

que si él orina, si hace una pausa, si se queda callado, es para compensar a otros Ulises que en los planetas a, b y z deben estar amando o arriesgando la vida entre lanzas de caballería. Ulises termina de orinar. Alguien seguramente ha muerto en ese instante en que otro Ulises abre otra puerta para encontrar otra ventana. Pero no obstante tiene que haber una salida. El laberinto debe ser ilusorio. Y basta creerlo para que la salida ya esté. Ahí va Ulises trastabillando, sin poder escapar a un destino del que no quiere escapar, pues el sólo quererlo ya sería haber escapado, y escapar del regreso quiere decir ya estar muerto, hablando con Aquiles y sintiendo la infinita mudez del otro mientras Ulises los invita a cenar. Entonces nosotros estaríamos contando la historia de otro Ulises y nada habría cambiado y nada se habría alterado y nada habría dejado de ser, de suceder, porque la historia avanza aunque se haga lo imposible por detenerla, porque lo único que se puede salvar es la historia, las relaciones, los tejidos, aunque los personajes vayan cambiando, aunque los nombres y los disfraces varíen, aunque el autor ya no sea el mismo, porque la historia bien puede relatarse por sí misma. Nosotros somos la única ficción en todo esto, lo único inseguro somos nosotros mismos, los que a base de palabras queremos dar una prueba (bastante frágil) de nuestra propia existencia, ya sea yo, el que escribe ahora estas didascalias, o el otro, el que algún día ha de escribir esta novela para salvarse a sí mismo de sí mismo.

Pero ahora es la noche (aún no la segunda, sino apenas la primera) y Ulises está sentado con Alfredo (que parece aburrirse tanto como Ulises), mientras en las mesas vecinas los muchachos y las muchachas parecen estar soñando. Alfredo quisiera estar con ellos en vez de estar mirando la muerte de Ulises, con quien ahora (aparte de unos cuantos recuerdos, recuerdos que no tienen nada de extraordinario) no lo une otra cosa sino las cartas de Sorgen que él debía entregarle y que Ulises ha venido a buscar. Todas las cosas que alguna vez pudieron haberle hecho sentir la necesidad de ser amigo de Ulises han desaparecido entre las ojeras, el encorvamiento y el destruido rostro de esos treinta años que ahora tiene enfrente y que mira con un poco de repulsión, pues no entiende (ni le importa hacerlo) ese suicidio diario, alcohólico, marihuánico a veces, que ha convertido a Ulises en un guiñapo, en un anciano, en el anciano con que Palas Atenea quiso disfrazarlo para hacerlo irreconocible por Telémaco, a quien repugna esa vejez de un hombre con el que ha perdido todo contacto, de un hombre que cuando le anunció su llegada le alegró el corazón pues pensó que podría hablar con él (cuyos juicios habían sido siempre —bueno, quizá no siempre, pero sí hace cinco años— bastante claros) de los últimos acontecimientos de México (ráfagas, ráfagas, más ráfagas, muchachos muertos, silenciados, asesinados, las tres culturas defendiéndose de una cuarta cultura, tres muertes defendiéndose de la vida,



defendiéndose de la vida, llenando de balas las bocas de esos muchachos, llenando de tierra y de sangre y de tierra revuelta con sangre esas frágiles vidas, que se quiebran, que caen, que aún se atreven a erguir ante la muerte el dedo índice y el cordial, el dedo índice y el cordial creciendo hacia el cielo, el dedo índice y el cordial como gritando no pasarán, porque aunque cuando pasen no pasarán, porque aunque destruyan no pasarán, no pasarán, no pasarán, no pasarán ni de día ni de noche, no pasarán aunque pisoteen esos dedos que no se romperán, porque aunque se rompan surgirán otros dedos que no se romperán y aunque éstos se rompan surgirán otros dedos que no se romperán, no se romperán y no pasarán, no pasarán, no pasarán... ráfagas... ráfagas... una muchacha rueda y un soldado joven, sano, hermoso, buen padre, buen amigo, le da al pasar una patada en el culo ya muerto que no le va a servir a esa muchacha muerta sino para recibir las patadas de otros muchos soldados de muerte que ya no serán jóvenes, ni bellos, ni sanos, ni alegres, pobre muchacha muerta, pobres muchachos muertos, pobres muertos, muertos hasta con el culo muerto pero con los dedos vivos vivos vivos... No pasarán...), acontecimientos de los que Ulises no quería saber ni una sola palabra y ante los que se muraba los oídos como ante un veneno, pues para él ahora sólo existía su historia personal y los rostros (las figuras) de los muchachos y muchachas que estaban sentados en las mesas cercanas y que lo mismo habrían estado sentados si todo hubiera sucedido en el bar Itacaxtlán que aún no se ha construido en Atenas, pero que ya respira con la vida de allá y esto es lo importante y no los muertos y los heridos, porque éstos abundaron aún más en Troya porque además el egoísmo es la única manera de salvarse de los demás.

Profundamente disgustado Alfredo acepta no hablar más del asunto y se pone a hacer el juego de recordar el color de aquellos zapatos que Mejorina tiró al fuego; pero las palabras, esas inútiles tentativas de ser gentil con Ulises, solamente le despiertan con más intensidad aquellas terribles imágenes publicadas por todos los periódicos, aquellas fotografías en las que a veces ha logrado (o ha creído) reconocer el rostro de un amigo o las manos desgarradas de alguna muchacha que hubiese podido amar. Bajo las apacibles imágenes que recrea con Ulises —calles y gaviotas de Gdansk, montones de nieve sobre los tejados, bares varsovianos, largos paseos por Cracovia— se esconden las otras imágenes, las que Ulises no quiere escuchar, las espeluznantes, los gritos en las calles las muchachas balaceadas, los cuerpos desnudos, cosidos después de la autopsia, todas esas imágenes que ya no lo dejarán en paz ("V"), porque se avergüenza de no haber estado allá, aunque en el fondo prefiera por supuesto la vergüenza de no haber estado allá a la posibilidad de haber estado allá o a la posibilidad de estar en todos los otros sitios que no son México pero que son el mismo infierno, aunque más largo,

infierno que dura ya varios años, infierno que no va a terminar tan fácilmente con un balance tan pequeño (aunque no sea pequeño o aunque quizá lo sea), infierno que dura en muchas otras ciudades, que durará en muchas otras ciudades, y Alfredo lo sabe y Alfredo se rebela y Alfredo tiene ganas de llorar y Alfredo pensaba que podría hablar de todo esto con Ulises, pero Ulises no se deja atrapar en la trampa, Ulises ya ha pasado demasiado tiempo en Troya, Ulises quiere olvidarse de Troya, Ulises quiere ocuparse de sí mismo, Ulises quiere ser Ulises para no seguir siendo Ulises; no, Alfredo, ni siquiera de Checoslovaquia podrás hablar con él, ni siquiera de esas tropas que en la noche entraron al día para volverlo tan oscuro como las noches de que ellas mismas llegaban; no, Alfredo, ni siquiera de los árabes quemados por los judíos, ni de los judíos quemados por los árabes, ni de los judíos quemados por los judíos, ni de los judíos que ya no eran judíos pero que son perseguidos en Polonia ni de los polacos perseguidos en Alemania, ni de los alemanes odiados en Yugoslavia, ni de los yugoslavos odiados en la Unión Soviética, ni de los rusos perseguidos en todo el mundo, incluso en la Unión Soviética; no, Alfredo, el infierno tiene más alcance que el infierno que ahora te atormenta, entiende a Ulises, comprende que él ya no quiere hablar, ni actuar, ni hacer nada, él quiere solamente cumplir su pequeño papel, repetir su historia, cumplir lo que ya está escrito, eso es todo, eso es todo lo que Ulises puede desear, eso es todo lo que Ulises puede cumplir, eso es todo. Por lo tanto es mejor entregarle las cartas de Sorgen (metidas dentro de una bolsa de plástico) y volver a casa para dormir en la paz de Dios en espera de que llegue la segunda noche, cuando por casualidad encontrarás nuevamente a Ulises y lo llevarás a un bar español propiedad de un chipriota, donde tú cantarás y Ulises cantará y donde Manolete y Salvador (que también cantarán) harán muy buenas relaciones con Ulises y esto te molestará aún más y no sabrás qué hacer y te quedarás toda la noche con Molly que esa noche vomitará entre las sábanas y tú descubrirás que está enferma y va a morir, lo que te aterrará aún más y no sabrás qué hacer y te quedarás toda la noche sin dormir, pensando y pensando hasta llegar a darle la razón a Ulises que a esa hora (en el momento en que tú le des la razón) ya habrá cometido el crimen. Pero esto será apenas en la segunda noche. La primera noche Alfredo y Ulises conversarán alegremente, haciendo bromas sobre todos los amigos comunes, reirán y hablarán en voz alta sin advertir que su bullicio latino resulta un tanto molesto a los muchachos y muchachas que estarán sentados en las mesas vecinas. Será un encuentro agradable después de tantos años. Después Alfredo se despedirá de Ulises, le dará las cartas de Sorgen (cuidadosamente ordenadas en una maletita de cuero) y se citará para el día siguiente, para la segunda noche de esta historia.

# Rodolfo Hinostroza

## Imitación de Propercio

I

Oh César, oh demiurgo  
tú que vives inmerso en el Poder, deja  
que yo viva inmerso en la palabra.  
Cantaré tu poder ¿Haré mi SMO?  
¿Proyectaré slides sobre la nuca de mis contemporáneos?  
Pero viene tu adjunto  
sosteniendo que debo de incorporarme al movimiento  
si no seré abolido por el movimiento.  
No pasaré a la Historia, a tu  
Historia, oh César. 80 batallones  
quemarán mis poemas, diciendo que eran inútiles y brutos.  
No hay manera con la historia oficial.  
Mis poemas serán leídos por infinitos grupos de clochards  
sous le Petit Pont  
y me conducirán a los muslos de Azucena  
pues su temporalidad será excesiva  
cosa comunicante.

### Sous le P'tit Pont

hablando del tiempo sin implicaciones políticas  
corre el Sena, río de cerezas, río limpio,  
y hacia las seis de la tarde las cosas se naturalizan  
y no conseguirás, oh César,  
que yo me sienta culpable por los millones de gentes  
hambrientas.

II

Los imbéciles han renunciado al poder: yo  
seré imbecil.  
Ese juego pragmático y salvaje  
por el que bramo y huyo, cosa en la cual  
he quemado la mitad de mi juventud  
por aceptar tu Realidad,  
oh César,  
por decir mi bocado shakesperiano. Y así  
es miserable el tiempo que se pasa sobre la tierra  
además de pensar que no hay un infinito  
y además  
el mundo de que me sentía mediador  
no existió jamás y  
no lo verán en mis días.  
Un putito inútil

según los expedientes de tu estado, Señor de Gran Poder,  
un joven lúdico  
nonsense.

Cantaré a la risa  
y al ridículo: estas son cosas ciertamente inmortales,  
no tu poder, no tu barbarie, oh César.  
Yo huyo, según tu  
entendimiento  
arrojando latas de cerveza a América,  
vagando sous le P'tit Pont  
donde cantan los jóvenes melencólicos  
las más bellas romanzas de esta época.

III

Oh César, van llegando tus panfletos:  
"Si no te ocupas de  
política  
la política se ocupará de ti."  
Puro chantage.  
¿Qué puede un centurión contra mi sonrisa?  
¿Amenazado de muerte?  
Y morirán mis reinos interiores, mis poemas, mi nombre  
¿será excluido de las conversaciones?  
Corriente.  
Crearás que has ganado,  
oh César.  
Eugenio Marchbanks sale, pero ellos nunca sabrán  
cuál era su secreto.

IV

La historia es la incesante búsqueda de un domo cristalino  
que hay que mirar como nadie miro jamás  
y tus ojos son de esta tierra, oh César,  
el poder corrompió a la Idea  
pero la Idea queda  
arbotante y tensión sobre un espacio de aire  
tienes quien te haga las canciones heroicas  
un puñado de frases para defenderte de la muerte  
y puedes arrasarlo todo  
hombre que duerme.  
No mandes  
a tus terroristas a convencerme que cante tu mundo temporal  
yo reposaré esta noche entre los muslos de Azucena

y veremos unicornios en las paredes  
y nuestros cuerpos se moverán hacia Hércules o Hidra  
y la energía que emana de un cabello será bastante magia  
para esta noche.

V

Necesitado de armonía  
—vi un grabado de Albers,  
amarillo sobre amarillo, dos cuadrados  
y sé que aún hay mediadores—  
necesitado de armonía, Oh César  
sigo el largo cabello de Azucena,  
la gracia y encarnación  
detenida en el arco de St. Severin,  
serruchando una mano,  
entrando en Shakespeare & Company  
papel sobre papel  
una mano detenida sobre una página gótica  
—en algún sitio  
está la belleza mortal—  
y haremos el amor sobre el papel  
y no la guerra  
y su cuerpo ondulará  
y ella estará desprendida de todo  
una gota de sudor resbalando  
limpiamente sobre su espalda  
hasta rendir el alma.

VI

Para arrasar el poder  
se precisa el poder: yo buscaré el Tao & la Utopía  
Oh César  
no me sueltes a tus perros de caza  
la otra margen quizás no he de alcanzar  
quizás me turbe  
la contemplación de la belleza  
y quede detenido otra vez detenido por un cuerpo  
sensible a la virtud de un río  
qué fueron sino rocío de los prados  
qué fueron sino verdura de las eras  
y pasaron miserablemente sus días en la tierra  
Mi amada me espera  
en la Puerta de Lilas

iremos en auto-stop a Salzburgo

Mozart prende las estrellas  
nos revolcaremos sobre campos de avena  
una vez más hacer el amor será un milagro  
entre dos o tres  
y las suecas de largas piernas  
el invierno nórdico  
cantando cosas

lúbricas forever

descubriendo el poder del ácido lisérgico  
nuestro propio poder  
la naturaleza tan mal amada  
robando frutas  
vendiendo baratijas hechas por nuestras manos  
viajando hacia el verano  
o el otoño  
los desiertos alquímicos  
dulces palabras en idiomas extraños  
y acamparemos bajo las estrellas  
ritos órficos / sueños /  
espuma de mares jóvenes y mortales  
donde no lleguen tus gerifaltes,  
/ Oh César  
a intentar que cantemos al poder.

VII

La cotidianidad puede ser tan hermosa como el heroísmo:  
sin salir de su casa se puede conocer el mundo  
el movimiento del aminoácido y los astros  
atravesado de energía  
concibiendo  
cómo el Universo se ensambla desde arriba  
por el cambio incesante  
y una manzana otra vez una manzana  
mordida por la belleza rubia  
se lleva al paraíso  
goteando  
y la otra margen no habremos de alcanzar  
mediadores entre el mundo de la realidad y el mundo de los  
sueños  
quietos en la contemplación  
cabras que pastan entre los redondedros  
un pueblo de sucias chimeneas abajo  
sujetos a la tentación

y el roce de una mano puede precipitar el éxtasis  
de un mundo que entrevemos  
que avanza sobre sí mismo y crece sobre sí mismo  
ayer y hoy  
en su naturaleza hay algo de maligno  
ahora y siempre.

VIII

Oh Señor de gran Poder  
mi poesía acabará conmigo  
hecha por un animal mortal  
pero será leída por jóvenes tan jóvenes  
que pensarán que es un viejo el que escribe para ellos  
no deteriorados por la barbarie del poder  
esperan en enormes grupos el Metro de las 6  
la noche fue de amor y marihuana  
quién necesita una patria  
semejantes al alba  
Oh César  
ignorando el poder.

IX

No cantaré tu empresa, César:  
y hay mil para el descenso  
y que no sea tarde  
muerto apaleado  
dentro & fuera  
clavado a una cruz invertida  
y aceptaron la mélangé atroz  
mientras nosotros los mil

del Este y del Oeste  
de una historia pulsátil que se cierra y nos echa  
nuestra hora es la diáspora  
como un tonel  
viceversa  
y la empresa asume formas definidas  
se abre hacia el infinito  
sino el total del diálogo  
del Este y del Oeste  
un reve, una visión  
hora del poder  
la Idea marcha sobre la tierra retumba  
pero en lo nuevo vive el germen de lo viejo &  
el cuello de botella  
y no cantaremos César poderes temporales  
o rien du tout.

X

Frente a la Bretaña  
la marea se retira 13 kilómetros  
al Monte St. Michel  
lava sus largas piernas musitando canciones goliardas  
incesantemente detenida  
acaso alcanzaremos  
millones de utopistas marchan silenciosamente  
pedra empapada de sangre que lloramos  
por amor  
aguarda  
amante incansable y ligera.

XI

Bajo el signo de Scorpio  
con la opción del suicidio en el círculo de fuego  
para a su vez podrirse y engendrar.

# Alejandro Aura

## Se quedó sola

*Porque así es la vida,*  
dura vida, me dijiste, Julia, abuela mía. Doble o triple tu soledad. Venida en estas tierras, florecida con tu corazón en esta ciudad, tan grande y tan ignorada, desde el principio de tus ya largos días y, como la ciudad, llena de abuelos misteriosos, de sangres raras, de raíces afluentes.

Me aseguraste el mal, me pusiste sobre aviso de los contratiempos y de las calamidades. Qué pequeños somos, qué insignificantes, somos como guijarros, ¿o eso no lo dijiste nunca tú?

Reza, Julia, que la pasión te salve, que el manto de la fe te dé sentido, que la oración colme los huecos de tus años por los que poco a poco, flor del siglo, deambulaste. Reza, abuela Julia, inventa la bondad, la paz para los que quedamos, la tranquilidad para que puedas irte. Ave María, Julia, prestidigita y haz aparecer en tu alma una razón de haber vivido. Ave María.

*Su primera noticia de la muerte vino de lejos, hace muchísimo tiempo; en sueños oyó los estertores de la agonía de su padre que cumplía una misión del gobierno de don Porfirio en Valladolid. En sueños vio y oyó la muerte. Toda la familia quiso consolar su llanto con amor conjunto hasta la hora en que llegó, puntual, el telegrama: Sentido pésame por fallecimiento ingeniero Alejandro Ordorica (punto) la comisión.*

La catástrofe, el derrumbamiento. Al tiempo que se acababa la época, se acabó la casa con la muerte del padre; a la calle la familia con el pavor de la supervivencia como si no fuera bastante el sentimiento del despojo; a trabajar los dos hermanos tan gallardos adolescentes; a la calle todos, a la calle; a buscar con desesperación algún futuro, algún quehacer en este caos, oh dolor, oh infinito dolor.

*A los dieciocho años Julia quedó desamparada, cada quien para su santo, para su longeva religión de sobreponerse.*

*El hermano mayor remató la casa y se alió a un comerciante; el socio le robó la firma y el capital; desesperado se subió a un caballo y se fue a engrosar alguna fila de la campaneante Revolución. El bigote grande, el pantalón bombacho, las botas altas en la amarillente fotografía; a su lado Carlos, el hermano que lo siguió inútilmente y un general gordo y efímero; los tres juntos en el álbum de los recuerdos como fantasías grotescas.*

*Adelina, más joven que Julia, consiguió pronto marido viejo pero de bolsa floreciente y se fue a tener hijos y viudez con él a Sudamérica;*

*con ella se marchó la madre,*

*menos feliz cuanto más suave, más señora cuanto más lejana; las dos y los hijos de Adelina perdieron corporidad con el largo exilio, se tornaron en el éter del abandono...*

*María, la menor, murió, como su nombre indica;*

*Julia lo supo en un largo gemido pero no lo confirmó para no sufrir dos veces por la muerte de su hermana.*

*Cierta vez apareció en la vida de Julia un estudiante de jurisprudencia*

que le hacía versos bajo la ventana desde la que Julia vagaba quieta buscando algún destino. Manuel le dijo cosas del amor en boga: Julia, Julia, ven y toca con tus manos finas el latid de mi alma; abajo de tu ventana veo caer tus párpados como los mantos de la noche, sólo tú y yo que estamos dentro tenemos luz en las lámparas verdes de tus ojos, Julia; tus cabellos claros, tu figura esbelta y elegante como preludio para los cisnes del futuro, Julia, Julia, más allá de ti sólo la muerte.

*Julia supo entonces del amor bien dicho;*

en la boca de labios delgados de Manuel oyó el torrente de las verdades teñidas de colores bellos que le dijo y no se resistió más tiempo, cerró una noche de tantas la ventana de su señorita y bajó al zaguán.

Amor sin bendiciones, sin firmas y sin apellido, la hizo señora de su nuevo estado;

*Manuel le puso casa y le compró piano,*

en él largas horas inventaba Julia por no aburrirse esperando al señor para quererle. Solía sonar un cu-cú que Julia amaba; solía Julia responder a la llamada a misa; a la vieja costumbre de estar en la ventana contestaban los pregones ambulantes: mercaraaan; y Julia ejercitaba la memoria, el corazón y la paciencia.

*Once años la celó Manuel mientras hacía fortuna, mientras se acomodó en su tiempo a enriquecer su nombre; el orden social era distinto; el amor, altibajante;*

*Manuel era simpático y activo,*

*tenía carrera, iniciativa y ojos claros.*

*Pero después de once años del amor pasivo de Julia*

se encontró Manuel en un golpe del corazón con una bella italiana que le marcó la vida; arregló pronto los desajustes de su alma y la desposó.

*Julia se quedó sola y preñada para siempre, porque después de que nació la niña le quedaron en el alma los versos y las horas viejas de Manuel. Tu corazón es una tumba egipcia, tu corazón es el manto negro que servirá para cubrir el mar a la consumación del tiempo, tu corazón es una fruta nueva prendida por el pico de un pájaro a la mitad del día, ¿qué cosa que haya puede no ser tu corazón?*

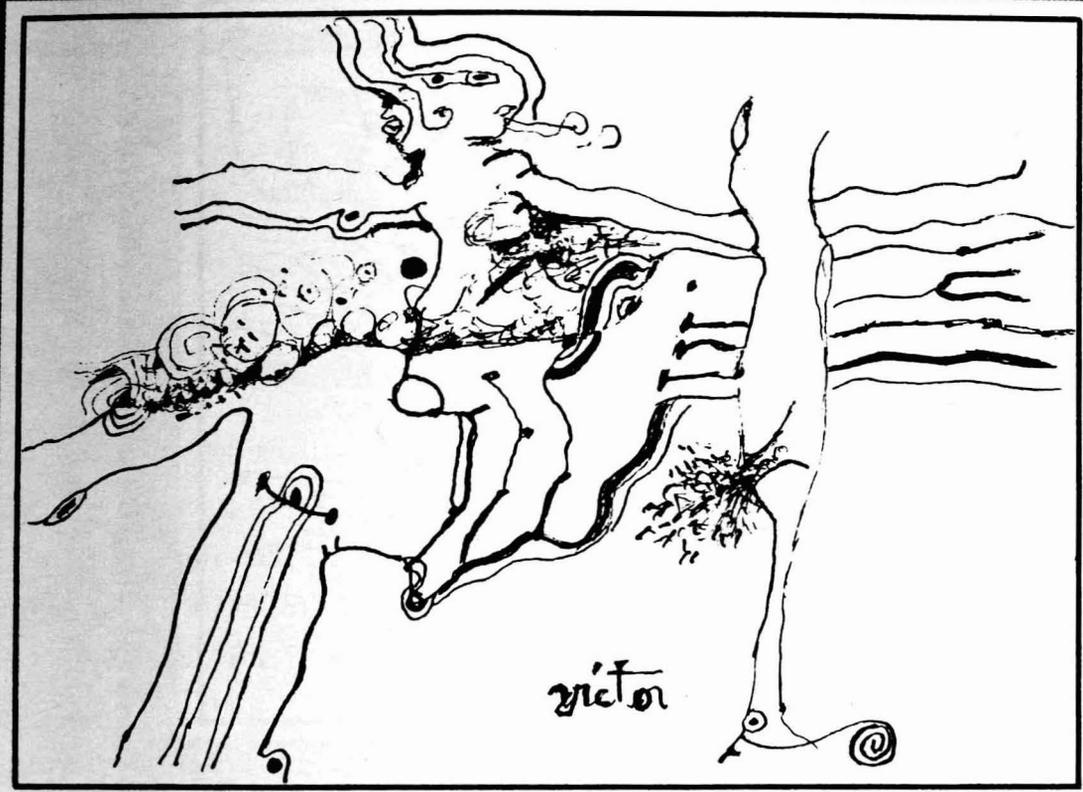
*Se instaló con su hija en una pequeña y sucia vivienda de la colonia Guerrero;*

mal durmieron las flores que dieron nombre a aquellas calles desde que allí te fuiste, Julia, a confinar tu tedio y tu amargura.

*Vivían de la precaria pensión*

que, para golosinas, advirtió, le mandaba Manuel a la hija de su desconocimiento.

*Julia decidió esperar la infinita marcha de las horas y así se fueron los años, como esponjas.*



Iba Julia caminando por los atardeceres de San Cosme hacia la iglesia que está en Serapio Rendón para rezar el rosario de sus muertos y sus vivos; iba despacio en sus ochenta años, solitaria, preparando su ánima para platicar con Dios como una niña; iba, sin saber, pasando por la historia. Iba mi abuela pensando sus plegarias. Buenas tardes, Dios mío, perdóname hoy miércoles de que otro miércoles del mundo amé y con la Revolución se vino abajo tu santísimo nombre y pequé y tuve una hija después de once años de miércoles redondos como la roja manzana del paraíso y fui dejada y vejada y madre. Perdóname, Señor. Y hoy jueves, de que otro jueves con lluvia creció mi hija, se hizo mujer, y yo, madre, hija de la soledad de los recuerdos, no lo supe y tuve ganas de estar en la vendimia para beber el jugo de los años de la tierra. Y estuve. Perdóname, Señor. Dije mentiras. Acompáñame, Señor. No quise estar en mi pellejo a solas. Ámame, señor.

*Dormía Julia con su hija desde hora temprana para no gastar la vela.*

Algunas noches, Julia despertaba a la niña con quejidos tristes, *lloraba en sueños muertas desconocidas*, caídas en desgracia final de quienes en el último momento lanzaban sus señales al viento para que alguien como Julia las recogiera con la potente antena de su desesperación. Iba y venía la muerte por los sueños de Julia tejiendo sus guirnaldas, haciendo su trabajo corriente y duradero.

*Mal que pudo, Julia preparó a su hija para la lucha con la vida:*

a los catorce años la tuvo lista para ganar el pan de las dos enseñando corte y confección. A tiempo, porque una noche cayó como el disparo de una catapulta en el sueño de Julia *la muerte clarísima y eterna de Manuel.*

No lloró esa vez, no despertó gritando, no se encogieron de lobreguez las paredes maltratadas y viejas ni cantó de miedo el gallo; aquella muerte era la consumación de un ciclo de la vida del corazón de Julia; abrió los ojos en la oscuridad y se quedó meditando hasta el amanecer. La vida y la muerte.

*La vida y la muerte.*  
Y la muerte.

*Emma, la hija de Julia, obtuvo plaza de maestra en una escuela técnica de una pequeña ciudad del interior de la República;*

*allí instalaron las dos mujeres nueva casa y nueva vida y en ella hospedaron a varios jóvenes maestros.*

Maximiliano vino para ser jefe de talleres de la escuela. Pronto las cosas sucedieron como suceden siempre, las sangres se llamaron,

*Maximiliano y Emma*

*encontraron en las modulaciones del tiempo una música común que si bien fue fugaz, dio espacio a la determinación de sus corazones dispuestos a reinventar la eternidad.*

*Contra la voluntad de Julia unieron sus caminos;*



tan ilusos, tan distintos que eran o debían haber sido, tan ingenuos los dos, tan inocentes.

*Vino entonces una época de lucha para Julia, tenía que resolver su soledad definitivamente,* tenía que estar inscrita en la vida de los demás a toda costa. Y lo hizo. Levantó muros de intrigas, inventó toda clase de argucias, abrigó la esperanza de amarse con Maximiliano; tal vez se amó con él, estérilmente. Fue luego tirando cardos en los corazones de Emma y de Maximiliano para que se hirieran hasta con la ternura.

*Ganó y perdió parcialmente durante muchos años.*

*El matrimonio joven nació con el tumor maligno de la incompreensión;*

sin embargo procrearon, y en idas y venidas del amor al odio dieron cinco hijos a la tierra.

Padres pródigos, padres bondadosos, se fueron de Julia cuando ya era tarde, cuando el impulso del amor había cesado.

*Pero dejaron al niño pequeño,*

territorio perdido, parte cercenada, pago a las veleidades de la guerra, pueblo abandonado, bastión quedado en la frontera de la tierra peleada, niño trunco, abyecto perdedor que no supo por qué se llamará cobarde para siempre porque no murió; buscará paternidades, nombres, madres que lo seduzcan una vez y otra vez en la superposición de una vieja madre ficticia y una virgen de estampa, asexuada, temida, venerada, custodiada en campo de oro viejo con laberinto al fondo y arcángeles armados belicosos.

*Pero Julia, por un tiempo más ganó terreno a la soledad,* tuvo un niño de rehén contra la muerte. Lo educó a su mane-

ra, se aferró a la vida del niño a su manera; en él dibujó graciosamente la estampa de su soledad, la percepción de los momentos cruciales, la escalinata de la tierra al cielo por la que ella subiría en el momento dado a comparecer, a mostrar todas sus cartas, a decir que sí, a reconocer finalmente todo lo que bien o mal hizo para sobrevivir su corazón a tantos llamados de la muerte.

*Grabó con un buril en el niño*

la pasividad como defensa y el amor como divino merecimiento. Y fue que el ojo de Dios velaba sobre Julia y la inspiraba.

*Pero ganó sólo parcialmente, porque el niño creció, se hizo adolescente y se marchó.*

*Entonces Julia se quedó sola y en casa vieja* a recibir en sueños los telegramas de la muerte; subrayaba en un calendario cada fecha importante, cada pedazo de su propia muerte que le enviaba Dios.

A no ser porque las fibras de nuestras emociones van en juego porque a cada frase se adelanta el camino que te llevaría ineludiblemente hasta el final, y no es éste lugar para poderes ajenos al recuerdo, yo seguiría construyendo esta especie de nuevo testamento coronado por la desilusión. Hasta la vista, Julia; un día relataré tu corazón completo, un día desvestiré totalmente mi alma y tú saldrás a flote como una pústula o como una flor. Sigue rezando, abuela. Es por demás tratar de retener el flujo de los actos; sucede el sueño a la vigilia. Siguen pasando nubes por encima de la ciudad; a veces llueve; hace agua mi corazón; te veo pasar y espero la noche en que despertaré completamente lúcido como un huérfano más que acude al sueño para certificar su soledad.

# Dionicio Morales

## Poema

a J. M. C.

Lenta es la noche  
A ratos se oyen como un silbido  
nuestras pisadas en la alfombra

Son los preparativos para el amor

El lecho como una cripta aguarda  
De pronto el peso de nuestros cuerpos  
desnudos lo aligeran  
¡Ah! nuestros cuerpos enlazados  
principian el mundo  
y una vez más somos  
los primeros habitantes de la tierra  
los que en estos momentos  
haremos descendencia  
y dejaremos aquí  
grabados en blanco nuestros nombres

Pero tú y yo como todos los demás  
no escribiremos la historia  
Será la misma  
siempre comenzada  
y siempre siempre repetida

# Carta de Emiliano Zapata

Campamento en Morelos, 6 de diciembre de 1911  
Señor Teniente Coronel Gildardo Magaña. \*  
México, D. F.

Estimado amigo:

Tengo el gusto de enviarle, adjunto a la presente, el Plan de la Villa de Ayala que nos servirá de bandera en la lucha contra el nuevo dictador Madero. Por lo tanto, suspenda usted ya toda gestión con el maderismo y procure que se imprima dicho importante documento y darlo a conocer a todo el mundo. Por su lectura verá usted que, mis hombres y yo, estamos dispuestos a continuar la obra que Madero castró en Ciudad Juárez y que no trataremos con nada ni con nadie, sino hasta ver consolidada la obra de la revolución que es nuestro más ferviente anhelo. Nada nos importa que la prensa mercenaria nos llame bandidos y nos colme de oprobios; igual pasó con Madero cuando se le creyó revolucionario; pero apenas se puso al lado de los poderosos y al servicio de sus intereses, han dejado de llamarle bandido para elogiarlo. Fuimos prudentes hasta lo increíble. Se nos pidió primero que licenciáramos nuestras tropas y así lo hicimos. Después dizque de triunfante la revolución, el hipócrita de De la Barra, manejado por los hacendados caciques de este Estado, mandó al asesino Blanquet y al falso Huerta, con el pretexto de mantener el orden en el Estado, cometiendo actos que la misma opinión pública reprobó protestando en la ciudad de México, por medio de una imponente manifestación que llegó hasta la mansión del Presidente más maquiavélico que ha tenido la Nación: y al mismo Madero le consta la traición que se pretendió hacernos estando él en Cuautla y cuando ya se había principiado el licenciamiento de las fuerzas que aún nos quedaban armadas, acto que tuvimos que suspender precisamente por la conducta de Huerta al intentar atraparnos como se atrapa a un ratón. Después en Chinameca, el día de septiembre último, se me tendió torpe celada por los "colorados" de Federico Morales con éste a la cabeza, de acuerdo con el Administrador, y para colmo de todas las infamias se impuso como Gobernador de este sufrido Estado al tráfuga Ambrosio Figueroa, irreconciliable enemigo de este pueblo y uno de los primeros traidores que tuvo la revolución, y, por último, en la Villa, mientras estábamos en conferencias de paz con Robles Domínguez, enviado por Madero, se hace de nuevo intento de coparme. Si no hay honra-

dez, ni sinceridad, ni el firme propósito de cumplir con las promesas de la revolución, si teniendo aún algunos hombres armados que a nadie perjudicaban se pretendió asesinar me, tratando de acabar por este medio con el grupo que ha tenido la osadía de pedir que se devuelvan las tierras que les han sido usurpadas, si las cárceles de la República están atestadas de revolucionarios dignos y viriles porque han tenido el gesto de hombres de protestar por la claudicación de Madero, ¿cómo voy a tener fe en sus promesas? ¿cómo voy a ser tan cándido para entregarme a que se me sacrifique para satisfacción de los enemigos de la Revolución? ¿no hablan elocuentemente Abraham Martínez, preso por orden de De la Barra y con aprobación de Madero, por el delito de haber capturado a unos porfiristas que pretendían atentar contra la vida del entonces Jefe de la Revolución? ¿Y Cándido Navarro y tantos otros que injustamente están reclusos como unos criminales en las mazmorras metropolitanas? ¿A esto se le llama revolución triunfante?

Yo, como no soy político, no entiendo de esos triunfos a medias; de esos triunfos en que los derrotados son los que ganan; de esos triunfos en que, como en mi caso, se me ofrece, se me exige, dizque después de triunfante la revolución, salga no sólo de mi Estado, sino también de mi Patria... Yo estoy resuelto a luchar contra todo y contra todos sin más baluarte que la confianza, el cariño y el apoyo de mi pueblo.

Así hágalo saber a todos; y a don Gustavo (Madero) dígame, en contestación a lo que de mí opinó, que a Emiliano Zapata no se le compra con oro. A los compañeros que están presos, víctimas de la ingratitud de Madero, dígameles que no tengan cuidado, que todavía aquí hay hombres que tienen vergüenza y que no pierdo la esperanza de ir a ponerlos en libertad.

Mucho le recomiendo lo de Abraham Martínez y la rápida salida de Gonzalos (Vázquez Ortíz) al Norte. Tan luego como ambas cosas se arreglen, le estimaré se dé una vuelta por acá por tener asunto que tratar con usted.

Espero sus prontas nuevas y me repito su afmo. amigo que lo aprecia.

**Emiliano Zapata**

\* Del libro, *Emiliano Zapata y el agrarismo en México*, por Gildardo Magaña (1891-1939). Ed. Ruta. México, 1951. t. II p. 95-6.